



Jubileo
DE LA
ESPERANZA

Contenido

5	Presentación	22	Formularios de misa para el Jubileo
7	Los Templos Jubilares en la Arquidiócesis de Bogotá	27	Lecturas para la liturgia de la Palabra
8	Peregrinaciones a la Catedral por Arciprestazgos	29	Subsidios litúrgicos para la celebración de la Eucaristía
9	Jubileos Arquidiocesanos	36	Celebración penitencial
10	Oración del Jubileo de la Esperanza	41	Examen de conciencia
11	Himno del Jubileo de la Esperanza	46	Viacrucis de la esperanza
12	Logo del Jubileo de la Esperanza	52	Celebración mariana: Rosario de la Esperanza
13	Algunos conceptos clave	56	Catequesis pontificias sobre la esperanza
16	Concesión de la indulgencia durante el Jubileo	66	Para atender pastoralmente





Presentación

El Jubileo de la Esperanza, inaugurado solemnemente por el papa Francisco el pasado 24 de diciembre, es para la Iglesia un verdadero tiempo de gracia durante el cual todos los católicos del mundo experimentaremos de modo especial los auxilios divinos que Dios siempre pone a disposición de su pueblo con generosidad, y que se harán más evidentes en el Año Santo mediante las acciones eclesiales que nos sintonizarán con el espíritu jubilar.

Si bien es cierto, y por mandato apostólico, para este Jubileo solo se han abierto cinco Puertas Santas en la ciudad de Roma, esto no significa que las gracias derivadas de la celebración del Jubileo se restrinjan a este ámbito territorial. La Penitenciaría Apostólica ha dispuesto que en cada territorio diocesano las Catedrales, las Basílicas Menores y algunos santuarios designados por el respectivo ordinario del lugar, según la necesidad de los fieles, constituyan el epicentro de las acciones jubilares en cada jurisdicción y, por tanto, lugares de peregrinación que convoquen piadosamente a los fieles de las parroquias y comunidades en un verdadero clima de recogimiento y acción de gracias.

De acuerdo con lo anterior, se hace entonces necesario que los templos jubilares designados por nuestro arzobispo se preparen convenientemente para convertirse en lugares de peregrinación. De suyo, ya lo son, pero en el contexto del Jubileo deben intensificar todas las acciones necesarias para que puedan acoger pertinentemente la visita de los muchos peregrinos que acudirán con el propósito de alcanzar la sagrada indulgencia. Tales acciones incluyen principalmente la celebración de la Sagrada Eucaristía tanto en los horarios ordinarios, como en otros tiempos extraordinarios según la necesidad o el flujo de las peregrinaciones, y la celebración permanente del sacramento de la reconciliación con un número suficiente de confesores para atender a los grupos de peregrinos. Además de lo anterior, tiempos para la adoración eucarística, para la catequesis, y para la oración que, en la línea del jubileo, dispongan a los fieles para una celebración íntegra de la espiritualidad del Año Santo y los preparen convenientemente para la recepción de la indulgencia.



Para favorecer estas necesidades, ponemos a disposición de los señores párrocos y/o rectores de los templos jubilares el presente instrumento. Es una recopilación de interesantes aportes y subsidios, principalmente del Dicasterio para la Evangelización, con la aprobación del Dicasterio para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (Prot. N. 276/24), que pueden servir para animar los distintos momentos celebrativos y piadosos en cada lugar santo*.

Sugerimos, además, que en cada lugar de peregrinación:



1. Se disponga de una réplica de la cruz del Jubileo, para que cada grupo pueda ingresar procesionalmente al lugar santo, bajo la guía de la Cruz de los Peregrinos.

2. Se impriman algunos folletos o materiales que sean de fácil divulgación para los peregrinos que acuden a sus respectivos templos, por ejemplo:

- Plegable con oración, logo e himno del jubileo y los conceptos básicos (*jubileo, esperanza, peregrinación e indulgencia*), y normas para alcanzar la indulgencia (versión abreviada)

- Plegable con el examen de conciencia
- Plegable con El Viacrucis
- Plegable con El Rosario

3. Se hagan públicas algunas instrucciones particulares relacionadas con el agendamiento y programación de las diversas peregrinaciones.

Diaconía para la Espiritualidad Sinodal
Coordinación de Vida Litúrgica y Oración

* Otros subsidios de base empleados para la recopilación de algunos materiales de este instrumento: (1) GOÑI J.A., Ed. Material Litúrgico para el Jubileo 2025, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2024. (2) ROMERO F. J., Ed. Guía del peregrino. Jubileo Ordinario del año 2025, Edice, Madrid 2024. (3) <https://www.iubilaeum2025.va/es>. (4). Catecismo de la Iglesia Católica. (5) Ceremonial de los Obispos. (6) Enchiridion Indulgentiarum

Templos Jubilares en la Arquidiócesis de Bogotá

Catedral Primada de Bogotá	Carrera 7 No. 11 10 La Candelaria, Bogotá
Santuario Nuestra Señora de la Peña	Carrera 7 A Bis Este No. 7A 50 la Peña Bogotá
Santuario del Señor caído de Monserrate	Carrera 2 este No. 21 48 Cerro de Monserrate Bogotá
Basílica Menor Nuestra Señora de Lourdes	Carrera 13 No. 63 27 Chapinero Bogotá
Basílica Menor Nuestra Señora de Chiquinquirá	Carrera 13 No. 51 38 Chapinero Bogotá
Basílica Menor Inmaculada Concepción de Cáqueza	Avenida carrera 4 No. 2 39 Centro Cáqueza
Parroquia Santa María de la Esperanza	Carrera 1b Este No. 75-26 sur
Parroquia Divino Niño Jesús	Carrera 5a No. 28a-18 sur 20 de Julio
Parroquia San Juan de Ávila	Carrera 18 No. 136-36



Peregrinaciones a la Catedral por Arciprestazgos

FEBRERO 2025

(Arciprestazgos 1.1, 2.1, 3.1, 4.1, 5.1,
6.1, 7.1, 8.1)

Sábado

22

MARZO

(Arciprestazgos 1.2, 2.2, 3.2, 4.2, 5.2,
6.2, 7.2, 8.2)

Sábado

22

MAYO

(Arciprestazgos 1.3, 2.3, 3.3, 4.3, 5.3,
6.3, 7.3, 8.3)

Sábado

31

JUNIO

(Arciprestazgos 1.4, 2.4, 3.4, 4.4, 5.4,
6.4, 7.4, 8.4)

Sábado

28

JULIO

(Arciprestazgos 1.5, 2.5, 3.5, 4.5, 5.5,
6.5, 7.5, 8.5)

Sábado

26

SEPTIEMBRE

(Arciprestazgos 1.6, 2.6, 3.6, 4.6,
6.6, 7.6, 8.6)

Sábado

27

NOVIEMBRE

(Arciprestazgos 1.7, 2.7, 3.7 y 4.7)

Sábado

1

DICIEMBRE 2025

Clausura del Jubileo de la
Esperanza en Catedral y todas
las parroquias

Domingo

28

Jubileos Arquidiocesanos

Niveles de realización

FEBRERO	Jubileo arquidiocesano de la Vida Consagrada Sábado 1	MAYO	Jubileo arquidiocesano de las familias <i>Nivel: 2 vicarías</i> Sábado 17	JUNIO	Jubileo arquidiocesano de los Catequistas <i>Nivel: 2 vicarías</i> Sábado 7
AGOSTO	Jubileo arquidiocesano de los sacerdotes lunes - Martes 4 y 5		Jubileo arquidiocesano de los diáconos permanentes Sábado 9		Jubileo arquidiocesano de los jóvenes Sábado - domingo 23 y 24
OCTUBRE	Jubileo arquidiocesano de los niños Sábado 25				



Oración del Jubileo

Se sugiere recitar al final de todas las Eucaristías y encuentros de piedad

Padre que estás en el cielo,
la fe que nos has donado
en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

Himno del Jubileo



Puede escuchar el audio en el siguiente link.
youtu.be/748YvCM_djY



Puedes ver la partitura en la siguiente página:
www.iubilaeum2025.va/content/dam/iubilaeum2025/inno-giubileo/spartito/spartito-inno-esp.pdf

Letra Peregrinos de esperanza

Llama viva para mi esperanza,
que este canto llegue hasta ti,
seno eterno de infinita vida,
me encamino, yo confío en ti.

1. Toda lengua, pueblos y naciones
hallan luces siempre en tu Palabra.
Hijos, hijas, frágiles, dispersos,
acogidos en tu Hijo amado.

2. Dios nos cuida, tierno y paciente
nace el día, un futuro nuevo.
Cielos nuevos y una tierra nueva.
Caen muros gracias al Espíritu.

3. Una senda tienes por delante,
paso firme, Dios sale a tu encuentro.
Mira al Hijo que se ha hecho hombre
para todos, él es el camino.

Texto de Pierangelo Sequeri

Texto de la versión en español: Conferencia Episcopal Española



Logo del Jubileo



El logo representa cuatro figuras estilizadas que indican la humanidad proveniente desde los cuatro rincones de la tierra. Abrazadas entre ellas, indican la solidaridad y la fraternidad que une a los pueblos.

La primera figura está aferrada a la cruz. Es el signo no solo de la fe que abraza, sino también de la esperanza que nunca puede ser abandonada, porque necesitamos

siempre de ella, sobre todo en los momentos de mayor necesidad.

Es útil observar las olas que la rodean y que están en movimiento, porque muestran que la peregrinación de la vida no siempre pasa por aguas tranquilas. Muchas veces las experiencias personales y los eventos del mundo exigen con mayor intensidad el llamado a la esperanza.

Es por esto por lo que se debe subrayar la parte inferior de la cruz que se alarga transformándose en un ancla y que se impone sobre el movimiento de las olas. Bien sabemos que el ancla ha sido usada como metáfora de la esperanza. De hecho, el ancla de la esperanza es el nombre que en la jerga marina se da al ancla de reserva usada por las embarcaciones para hacer maniobras de emergencia que permitan estabilizar la barca durante las tormentas.

No se olvide el hecho de que la imagen muestra cómo el camino del peregrino no es un hecho individual, sino comunitario, con la impronta de un dinamismo en crecimiento que tiende cada vez más hacia la cruz.

La cruz no es estática, sino dinámica y se curva hacia la humanidad, saliendo a su encuentro y no dejándola sola, ofreciendo la certeza de la presencia y la seguridad de la esperanza. Se destaca, finalmente, con color verde el lema del jubileo 2025: *Peregrinantes in Spem*.

Algunos conceptos claves

jubileo, esperanza, peregrinación e indulgencias

JUBILEO

Jubileo es el nombre de un año particular: parece que deriva del instrumento utilizado para indicar su comienzo; se trata del yobel, el cuerno de carnero, cuyo sonido anuncia el Día de la Expiación (Yom Kippur). Esta fiesta se celebra cada año, pero adquiere un significado particular cuando coincide con el inicio del Año Jubilar. Sobre el particular encontramos una primera idea en la Biblia: debía ser convocado cada 50 años, porque era el año 'extra' (cfr. Lv 25,8-13). Aunque era difícil de realizar, se proponía como la ocasión para restablecer la correcta relación con Dios, con las personas y con la creación, y conllevaba el perdón de las deudas, la restitución de terrenos enajenados y el descanso de la tierra.

Citando al profeta Isaías, el evangelio según san Lucas describe de este mismo modo la misión de Jesús: «El Espíritu del Señor está sobre mí; porque él me ha ungido.

Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19; cfr. Is 61,1-2). Estas palabras de Jesús se convirtieron también en acciones de liberación y de conversión en sus encuentros y relaciones cotidianos.

El Papa Bonifacio VIII, en 1300, convocó el primer Jubileo, llamado también "Año Santo", porque es un tiempo en el que se experimenta que la santidad de Dios nos transforma. Con el tiempo, la frecuencia ha ido cambiando: al principio era cada 100 años; en 1343 se redujo a 50 años por el Papa Clemente VI y en 1470 a 25 años por el Papa Pablo II. También hay momentos 'extraordinarios' que han dado lugar a distintos años santos: por ejemplo, en 1933, el Papa Pío XI quiso conmemorar el aniversario de la Redención y en 2015 el Papa Francisco convocó el año de la Misericordia.



ESPERANZA

La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. "Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa" (Hb10,23). "El Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza de vida eterna" (Tt 3, 6-7). (CIC 1817)

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre, pues, en él, asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres, las purifica para ordenarlas al reino de los cielos, protege del desaliento, sostiene en todo desfallecimiento, dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad. (CIC 1818)

La esperanza cristiana recoge y perfecciona la esperanza del pueblo elegido que tiene su origen y su modelo en la esperanza de Abraham en las promesas de Dios, esperanza colmada en Isaac y purificada por la prueba del sacrificio (cf Gn 17, 4-8;

22, 1-18). "Esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones" (Rm 4, 18). (CIC 1819)

PEREGRINACIÓN

El Jubileo pide que nos pongamos en camino y que superemos algunos límites. Cuando nos movemos, de hecho, no cambiamos solo de lugar, sino que nos transformamos nosotros mismos. Por eso, es importante prepararse, planificar el trayecto y conocer la meta. En este sentido la peregrinación que caracteriza este año empieza antes del propio viaje: su punto de partida es la decisión de hacerlo. La etimología de la palabra 'peregrinación' es decididamente significativa y ha sufrido pocos cambios de significado.

En efecto, la palabra deriva del latín *per ager*, que significa "a través de los campos", o *per eger*, que significa "cruce de frontera", ambas raíces señalan el aspecto distintivo de emprender un viaje.

Abraham es descrito así como una persona en camino: "Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre" (Gn 12,1). Con estas palabras comienza su aventura que termina en la Tierra Prometida, donde es recordado como un "arameo errante" (Dt 26,5). También el ministerio de Jesús se identifica con un viaje desde Galilea hacia la Ciudad Santa: "Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén" (Lc 9,51). Él mismo llama a los discípulos a

recorrer este camino y todavía hoy los cristianos son aquellos que lo siguen y se ponen a acompañarlo.

El recorrido, en realidad, se construye progresivamente: hay varios itinerarios por elegir, lugares por descubrir; las situaciones, las catequesis, los ritos y las liturgias, los compañeros de viaje permiten enriquecerse con nuevos contenidos y perspectivas. La contemplación de lo creado también forma parte de todo esto y es una ayuda para aprender que cuidar la creación “es una expresión esencial de la fe en Dios y de la obediencia a su voluntad” (Francisco, Carta para el Jubileo 2025). La peregrinación es una experiencia de conversión, de cambio de la propia existencia para orientarla hacia la santidad de Dios. Con ella, también se hace propia la experiencia de esa parte de la humanidad que, por diversas razones, se ve obligada a ponerse en camino para buscar un mundo mejor para sí misma y para la propia familia. (Tomado de la página web oficial del Jubileo 2025)

INDULGENCIAS

La indulgencia es una manifestación concreta de la misericordia de Dios, que supera los límites de la justicia humana y los transforma. Este tesoro de gracia se hizo historia en Jesús y en los santos: viendo estos ejemplos, y viviendo en comunión con ellos, la esperanza del perdón y del propio camino de santidad se fortalece y se convierte en una certeza. La indulgencia permite liberar el propio corazón del peso del pecado, para poder ofrecer con plena libertad la reparación debida.

Concretamente, esta experiencia de misericordia pasa a través de algunas acciones espirituales que son indicadas por el Papa. Aquellos que, por enfermedad u otra causa, no puedan realizar la peregrinación están invitados, de todos modos, a tomar parte del movimiento espiritual que acompaña a este Año, ofreciendo su sufrimiento y su vida cotidiana y participando en la celebración eucarística.



Concesión de la Indulgencia

Durante el Jubileo Ordinario de la Esperanza¹

“Ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios” (*Spes non confundit*, 6). En la bula de convocación del Jubileo Ordinario del 2025, el Santo Padre, en el momento histórico actual en el que “la humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia” (*Spes non confundit*, 8), llama a todos los cristianos a hacerse peregrinos de esperanza.

Esta es una virtud que hay que redescubrir en los signos de los tiempos, los cuales, encerrando “el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza” (*Spes non confundit*, 7), que deberá provenir sobretodo de la gracia de Dios y de la plenitud de su misericordia. Ya en la bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia

del 2015, el Papa Francisco subrayó cuánto adquiriría la Indulgencia en ese contexto “una relevancia particular” (*Misericordiae Vultus*, 22), pues la misericordia de Dios “se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado” (*ibid.*).

Análogamente hoy el Santo Padre declara que el don de la Indulgencia “permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término «misericordia» era intercambiable con el de «indulgencia», precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites” (*Spes non confundit*, 23). La Indulgencia es entonces, una gracia jubilar. Por este motivo, también con ocasión del Jubileo Ordinario del 2025, por voluntad del Sumo Pontífice, este “Tribunal de Misericordia”, a quien corresponde disponer todo lo que concierne a la concesión y al uso de la Indulgencia, pretende

¹ Tomado de las disposiciones de la Penitenciaría Apostólica sobre la Indulgencia Plenaria <https://press.vatican.va/content/salastampa/it/bollettino/pubblico/2024/05/13/0392.html>

motivar los ánimos de los fieles para desear y alimentar el santo deseo de obtener la Indulgencia como don de gracia, propio y peculiar de cada Año Santo y establece las siguientes prescripciones, para que los fieles puedan usufructuar de las “disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar” (*Spes non confundit, 23*).

Durante el Jubileo Ordinario del 2025 permanece en vigor cualquier otra concesión de Indulgencia. Todos los fieles verdaderamente arrepentidos, excluyendo todo afecto al pecado (*cfr. Enchiridion Indulgentiarum, IV ed., norm. 20, § 1*) y movidos por espíritu de caridad y que, en el curso del Año Santo, purificados a través del sacramento de la penitencia y alimentados por la Santa Comunión, oren por las intenciones del Sumo Pontífice, podrán conseguir del tesoro de la Iglesia, plenísima Indulgencia, remisión y perdón de sus pecados, pudiéndose aplicar a las almas del Purgatorio en forma de sufragio:

Obtención de la indulgencia en las sagradas peregrinaciones

Los fieles, peregrinos de esperanza, podrán conseguir la Indulgencia Jubilar concedida por el Santo Padre si emprenden una peregrinación:

- hacia cualquier lugar sagrado jubilar: participando devotamente en la Santa Misa (siempre que lo permitan las normas litúrgicas se podrá utilizar especialmente la Misa propia por

el Jubileo o bien, la Misa votiva: para la reconciliación, por el perdón de los pecados, para pedir la caridad y para fomentar la concordia); en una Misa ritual para conferir los sacramentos de iniciación cristiana o la Unción de los enfermos; en la celebración de la Palabra de Dios; en la Liturgia de las Horas (oficio de lecturas, laudes, vísperas); en el Vía Crucis; en el Rosario mariano; en el himno del Akathistos; en una celebración penitencial, que concluya con las confesión individual de los penitentes, como está establecido en el rito de la Penitencia (forma II).

- en Roma: en al menos una de las cuatro Basílicas Papales Mayores: de San Pedro en el Vaticano, del Santísimo Salvador en el Laterano, de Santa María la Mayor, de San Pablo Extramuros.
- en Tierra Santa: en al menos una de las tres Basílicas: del Santo Sepulcro en Jerusalén, de la Natividad en Belén, de la Anunciación en Nazaret.
- en otras circunscripciones eclesiásticas: en la iglesia catedral u otras iglesias y lugares sagrados designados por el Ordinario del lugar. Los Obispos tendrán en cuenta las necesidades de los fieles, así como la oportunidad misma para mantener intacto el significado de la peregrinación con toda su fuerza simbólica, capaz de manifestar la necesidad apremiante de conversión y de reconciliación.



Obtención de la indulgencia en la visita a los lugares sagrados

También, los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si, individualmente o en grupo, visitan devotamente cualquier lugar jubilar y ahí, durante un período de tiempo adecuado, realizan adoración eucarística y meditación, concluyendo con el Padre Nuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima e invocaciones a María, Madre de Dios, para que en este Año Santo todos “puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos” (*Spes non confundit*, 24).

Los fieles verdaderamente arrepentidos que no podrán participar en las solemnes celebraciones, en las peregrinaciones y en las visitas por graves motivos (especialmente todas las monjas y los monjes de clausura, los ancianos, los enfermos, los reclusos, como también aquellos que, en hospitales o en otros lugares de cuidados, prestan servicio continuo a los enfermos), conseguirán la Indulgencia jubilar, con las mismas condiciones si, unidos en espíritu a los fieles en presencia, particularmente en los momentos en los cuales las palabras del Sumo Pontífice o de los Obispos diocesanos sean transmitidas a través de los medios de comunicación, recitarán en la propia casa o ahí donde el impedimento les permita (p. ej. en la capilla del monasterio, del

hospital, de la casa de cuidados, de la cárcel...) el Padre Nuestro, la Profesión de Fe en cualquier forma legítima y otras oraciones conforme a las finalidades del Año Santo, ofreciendo sus sufrimientos o dificultades de la propia vida.

Obtención de la indulgencia en las obras de misericordia y de penitencia

Además, los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si, con ánimo devoto, participarán en las Misiones populares, en ejercicios espirituales u otros encuentros de formación sobre los textos del Concilio Vaticano II y del Catecismo de la Iglesia Católica, que se realicen en una iglesia u otro lugar adecuado, según la intención del Santo Padre.

No obstante la norma según la cual se puede conseguir solo una Indulgencia plenaria al día (*cfr. Enchiridion Indulgentiarum, IV ed., norm. 18, § 1*), los fieles que habrán emitido el acto de caridad en favor de las almas del Purgatorio, si se acercan legítimamente al sacramento de la Comunión una segunda vez en el mismo día, podrán conseguir dos veces en el mismo día la Indulgencia plenaria, aplicable solo a los difuntos (se entiende al interno de una celebración Eucarística; *cfr. can 917 y Pontificia Comisión para la interpretación auténtica del CIC, Responsa ad dubia, 1, 11 jul. 1984*). A través de esta doble oblación, se realiza un laudable ejercicio de caridad sobrenatural, por el vínculo mediante el cual están unidos en el Cuerpo místico de Cristo los fieles

que aun peregrinan en la tierra, junto con aquellos que ya han terminado su camino, pues “la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia” (*Spes non confundit*, 22).

Pero, de manera más peculiar, precisamente “en el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria” (*Spes non confundit*, 10): por lo tanto, la Indulgencia está unida también a las obras de misericordia y de penitencia, con las cuales se testimonia la conversión emprendida. Los fieles, siguiendo el ejemplo y el mandato de Cristo, sean estimulados a realizar más frecuentemente obras de caridad o misericordia, principalmente al servicio de aquellos hermanos que se encuentran agobiados por diversas necesidades.

Redescubran más precisamente “las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos” (*Misericordiae vultus*, 15) y redescubran asimismo “las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos” (*ibid.*).

Del mismo modo, los fieles podrán conseguir la Indulgencia jubilar si se dirigen a visitar por un tiempo adecuado a los hermanos que se encuentran en necesidad o en dificultad (enfermos, encarcelados, ancianos en soledad, personas con capacidades diferentes...), como realizando una peregrinación hacia Cristo presente en ellos (cfr. Mt 25, 34-36) y siguiendo las habituales condiciones espirituales, sacramentales y de oración. Los fieles, sin duda, podrán repetir tales visitas en el curso del Año Santo, obteniendo en cada una de ellas la Indulgencia plenaria, incluso cotidianamente.

La Indulgencia plenaria jubilar podrá ser conseguida también mediante iniciativas que ayuden en modo concreto y generoso al espíritu penitencial que es como el alma del Jubileo, redescubriendo en particular el valor penitencial del viernes: absteniéndose, en espíritu de penitencia, al menos durante un día de distracciones banales (reales y también virtuales, inducidas, por ejemplo, por los medios de comunicación y por las redes sociales) y de consumos superfluos (por ejemplo ayunando o practicando la abstinencia según las normas generales de la Iglesia y las especificaciones de los Obispos), así como otorgando una proporcionada suma de dinero a los pobres; sosteniendo obras de carácter religioso o social, especialmente en favor de la defensa y protección de la vida en cada etapa y de la calidad de la misma, de la infancia abandonada,



de la juventud en dificultad, de los ancianos necesitados o solos, de los migrantes de diversos Países “que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias” (*Spes non confundit*, 13); dedicando una adecuada parte del propio tiempo libre a actividades de voluntariado, que sean de interés para la comunidad u otras formas similares de compromiso personal.

Todos los Obispos diocesanos o eparquiales y aquellos que en el derecho son equiparables a ellos, en el día más oportuno de este tiempo jubilar, en ocasión de la principal celebración en la catedral y en cada una de las iglesias jubilaes, podrán impartir la Bendición Papal con anexa Indulgencia plenaria, conseguible por todos los fieles que reciban tal Bendición con las habituales condiciones.

Para que sea pastoralmente facilitado el acceso al sacramento de la Penitencia y conseguir el perdón divino a través del poder de las Llaves, los Ordinarios locales están invitados a conceder a los canónigos y a los sacerdotes, que en las Catedrales y en las Iglesias designadas para el Año Santo podrán escuchar las confesiones de los fieles, las facultades limitadamente al foro interno, de las cuales, para los fieles de las Iglesias orientales, en el can. 728, § 2 del CCEO, y en el caso de una eventual reserva, aquellas para el can. 727, excluyendo, como es evidente, los casos considerados en el can. 728, § 1; mientras que,

para los fieles de la Iglesia latina, las facultades referidas en el can. 508, § 1 del CIC.

En este sentido, esta Penitenciaría exhorta a todos los sacerdotes a ofrecer con generosa disponibilidad y dedicación de sí, la más amplia posibilidad a los fieles de aprovechar los medios de la salvación, asumiendo y publicando horarios para las confesiones, en acuerdo con los párrocos o rectores de las iglesias vecinas, encontrándose en el confesionario, programando celebraciones penitenciales con fechas fijas y frecuentes, ofreciendo también la más amplia disponibilidad de sacerdotes que, por alcanzar el límite de edad, no tienen encargos pastorales definidos. Además, según las posibilidades se recuerde, en conformidad con el *Motu proprio Misericordia Dei*, la oportunidad pastoral de escuchar las Confesiones también durante la celebración de la Santa Misa.

Para agilizar la tarea de los confesores, la Penitenciaría Apostólica, por mandato del Santo Padre, dispone que los sacerdotes que acompañarán o se unirán a peregrinaciones jubilaes fuera de la propia Diócesis, puedan valerse de las mismas facultades de las cuales fueron provistos en la propia Diócesis por la legítima autoridad.

Especiales facultades serán después conferidas por esta Penitenciaría Apostólica a los penitenciaros de las basílicas papales romanas, a los canónigos penitenciaros o a los penitenciaros diocesanos

instituidos en cada circunscripción eclesiástica. Los confesores, después de haber instruido a los fieles sobre la gravedad de los pecados a los cuales viene anexa una reserva o una censura, determinarán, con caridad pastoral, apropiadas penitencias sacramentales, tales que les conduzcan lo más posible a un arrepentimiento estable y, según la naturaleza de los casos, invitarán a la reparación de eventuales escándalos y daños.

Finalmente, la Penitenciaría invita vivamente a los Obispos, en cuanto detentores del triple munus de enseñar, de guiar y de santificar, a cuidar la exposición clara de las disposiciones y principios aquí propuestos para la santificación de los fieles, teniendo en cuenta de modo especial las circunstancias del lugar, de la cultura y de las tradiciones. Una catequesis adecuada a las características socio-culturales de cada pueblo, podrá proponer de manera eficaz el Evangelio y la totalidad del mensaje cristiano, radicando más profundamente en los corazones el deseo de este don único, obtenido en virtud de la mediación de la Iglesia.

El presente Decreto tiene validez durante todo el Jubileo Ordinario del 2025, independientemente de cualquier disposición en contrario.

Dado en Roma, en la sede de la Penitenciaría Apostólica, el 13 de mayo de 2024, Memoria de la Beata Virgen María de Fátima.

Angelo Card. De Donatis
Penitenciario Mayor

S.E. Mons. Krzysztof Nykiel
Regente



Formularios de misas

Para el Jubileo

Estas misas pueden decirse, con el color propio del día o del tiempo, en las celebraciones particulares que tengan lugar durante el Año Santo, excepto en las solemnidades, los domingos y las fiestas, los días de la Semana Santa, el Triduo Pascual, los días de la octava de Pascua, las ferias de Adviento del 17 al 24 de diciembre, los días de la octava de Navidad, la Conmemoración de todos los fieles difuntos y el Miércoles de Ceniza.

Primer formulario

Antífona de entrada Sal 26, 14

Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. (T.P. Aleluya.)

Oración colecta

Dios todopoderoso y eterno, ardiente deseo del corazón humano, mira con bondad a tu pueblo peregrino en este año de gracia para que, unido a Cristo, roca de salvación,

pueda llegar con alegría a la meta de la bienaventurada esperanza. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración sobre las ofrendas

Acoge, Señor, con bondad las ofrendas de tu familia, para que, bajo tu protección, no pierda los dones ya recibidos y alcance los eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

Cristo, única esperanza

- El Señor esté con ustedes.
- Y con tu espíritu.
- Levantemos el corazón.
- Lo tenemos levantado hacia el Señor.
- Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
- Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario,

es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.

En este tiempo de gracia reúnes a tus hijos en una sola familia, para que, iluminados por la Palabra de vida, celebren con gozo el misterio de tu Hijo crucificado y resucitado.

Él, salvación siempre invocada y siempre esperada, llama a todos a su mesa, cura las heridas del cuerpo y del espíritu, da la alegría a los afligidos.

Por todos estos signos de tu benevolencia, con fe viva renacemos a una esperanza más cierta y nos ofrecemos a nuestros hermanos con amor constante, a la espera del retorno del Salvador.

Por él, con los ángeles y todos los santos, te cantamos el himno de alabanza diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión Cf. Lc 4,18.19

El Espíritu del Señor está sobre mí; me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar el año de gracia del Señor. (T.P. Aleluya.)

Oración después de la comunión

Oh Dios, que nos alimentas con un mismo pan y nos confortas con una misma esperanza, danos también fuerza con tu gracia para que todos juntos, formando un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo, resucitemos a la gloria con

él. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Bendición solemne

El Señor los bendiga y los guarde. Amén.

Haga brillar su rostro sobre ustedes y les conceda su favor. Amén.

Vuelva su mirada a ustedes y les conceda la paz. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo \boxtimes y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y los acompañe siempre. Amén.

Segundo formulario

Antífona de entrada Sal 89, 1-2

Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación; desde siempre y por siempre tú eres Dios. (T.P. Aleluya.)

Oración colecta

Oh Dios, que en la plenitud de los tiempos enviaste a tu Hijo al mundo como Salvador, te rogamos nos concedas a quienes peregrinamos en este mundo que, con la luz de su misterio pascual, nos guíes hasta ti, nuestra única esperanza. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.



Oración sobre las ofrendas

Que te sean agradables, Señor, las ofrendas que ponemos sobre tu altar, celebrando con alegría este año santo, para que, merezcamos ser partícipes de la eternidad de aquel que con su muerte nos hizo inmortales. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

Cristo, redentor de los hombres, ayer, hoy y siempre

- El Señor esté con ustedes.
- Y con tu espíritu.
- Levantemos el corazón.
- Lo tenemos levantado hacia el Señor.
- Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
- Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

El cual, Hijo tuyo engendrado antes de todos los siglos, nacido en el tiempo de la Virgen María, y ungido por el Espíritu Santo, anunció, en tu nombre, un año de gracia: para consolar los afligidos, para liberar a los cautivos, y para ofrecer la salvación y la paz a todo el género humano.

Él es la única y verdadera esperanza que, sobrepasando toda espera, ilumina todos los siglos.

Por eso, con los ángeles y con todos los santos, te alabamos, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión Tit 2, 12-13

Llevemos ya desde ahora una vida justa y piadosa, aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios.

Oración después de la comunión

Te rogamos, Señor, que la participación en tu mesa nos santifique para que todas las gentes reciban con gozo, por el sacramento de tu Iglesia, la salvación que tu Unigénito llevó a cabo en la cruz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre el pueblo

Hazte presente, Señor, a nuestras súplicas y defiende en tu bondad a cuantos ponen su esperanza en tu misericordia, para que permaneciendo fieles en una vida santa, y teniendo lo necesario para la vida temporal, lleguen a ser herederos de tu promesa para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y los acompañe siempre. Amén.

Tercer formulario

Antífona de entrada Tit 3,5-7

Dios nos salvó por el baño del nuevo nacimiento y de la renovación del Espíritu Santo, para que, justificados por su gracia, seamos, en esperanza, herederos de la vida eterna. (T.P. Aleluya.)

Oración colecta

Oh Dios, que has dado al género humano, por medio de tu Hijo Unigénito, el remedio de la salvación y el don de la vida eterna, concede, a cuantos han renacidos en él, la gracia de querer y hacer cuanto ordenas, para que el pueblo, convocado a tu reino, permanezca estable en la fe, gozoso en la esperanza y eficaz en la caridad. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración sobre las ofrendas

Mira, Señor, el rostro de Cristo, tu Hijo, nuestra única esperanza, que se entregó a sí mismo para redimir a todos para que, por medio de él, todas las gentes glorifiquen tu nombre desde donde sale el sol hasta el ocaso, y sea ofrecido, en todo lugar, un mismo sacrificio a tu divina majestad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio

Cristo, Dios y hombre, Salvador de todos

- El Señor esté con ustedes.
- Y con tu espíritu.
- Levantemos el corazón.
- Lo tenemos levantado hacia el Señor.
- Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
- Es justo y necesario.

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

En él se cumplen tus antiguas promesas, la sombra cede su lugar a la luz, el mundo se renueva y el hombre se convierte en nueva creatura.

Por su oblación, una vez para siempre, en la cruz, quiso congregarse en la unidad a todos tus hijos dispersos; y exaltado en la gloria, primogénito de muchos hermanos, nos lleva a la esperanza de los gozos eternos.

Por eso, Señor, con los ángeles y todos los santos te alabamos, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

Antífona de comunión Mt 28, 20

Sepan que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el final de los tiempos, dice el Señor.

Oración después de la comunión

Fortalecidos con el pan del cielo te pedimos, Señor, que,



permaneciendo unidos a tu Evangelio, seamos para toda la humanidad fermento de vida e instrumento de salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre el pueblo

La paz de Dios, que supera todo juicio, custodie sus corazones y sus pensamientos en el conocimiento y el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor
Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y los acompañe siempre.
Amén.

Liturgia de la Palabra

Lecturas para las misas del Jubileo 2025

Cuando se celebra la misa para el Jubileo 2025, pueden decirse estas lecturas, excepto en los tiempos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua, que se toman siempre las lecturas del día.

De la profecía de Isaías
61, 1-3a. 6a. 8b-9

El Espíritu del Señor, Dios, está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para curar los corazones desgarrados, proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad; para proclamar un año de gracia del Señor, un día de venganza de nuestro Dios, para consolar a los afligidos, para dar a los afligidos de Sión una diadema en lugar de cenizas, perfume de fiesta en lugar de duelo, un vestido de alabanza en lugar de un espíritu abatido. Ustedes serán llamados «Sacerdotes del Señor», dirán de ustedes: «Ministros de nuestro Dios». Les daré su salario fielmente y haré con ellos un pacto perpetuo. Su estirpe será célebre

entre las naciones, y sus vástagos entre los pueblos. Los que los vean reconocerán que son la estirpe que bendijo el Señor. Palabra de Dios.

O bien:

De la carta del apóstol San Pablo a los Romanos
5,5-11

Hermanos: La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados del castigo! Si, cuando éramos enemigos, fuimos



reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida! Y no solo eso, sino que también nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación.

Palabra de Dios.

Salmo Responsorial
88,21-22.25 y 27 (R.: cf. 2a)

R. Cantaré eternamente la misericordia del Señor.

Encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso. R.

Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán, por mi nombre crecerá su poder: Él me invocará: «Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora». R.

Aleluya Cf. Is 61,1 (Lc 4, 18ac)

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

El Espíritu del Señor está sobre mí: me ha enviado a evangelizar a los pobres.
R.

Del Santo Evangelio según san Lucas
4,16-21

En aquel tiempo, Jesús fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acaban de oír».

Palabra del Señor.

Subsidios litúrgicos

para la celebración de la Eucaristía con ocasión del Jubileo

Moniciones iniciales

1

Queridos hermanos, inmersos en este Año Jubilar, vamos a celebrar este momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación que nos ofrece su amor para que lo transmitamos a la humanidad y portemos esperanza a todos los hombres y mujeres del mundo.

2

Queridos hermanos, hoy nos reunimos con gozo para celebrar esta Eucaristía en el marco del Jubileo 2025, tiempo de gracia y de profunda renovación espiritual, que nos impulsa a anunciar a Cristo siempre, en todas partes y a todos como nuestra esperanza.

3

Queridos hermanos, nos hemos reunido para celebrar la Eucaristía, actualización de la muerte salvadora de Cristo. De su corazón

traspasado en la cruz brota el amor que fundamenta nuestra esperanza. Por eso, cada vez que comulgamos nos alimentamos de la misma vida de Cristo y se fortalece nuestra esperanza en la salvación que Dios nos ha regalado por medio de su Hijo.

4

Queridos hermanos, Dios nos infunde su Espíritu que irradia en todos nosotros la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino. Al reunirnos para celebrar la Eucaristía, queremos fortalecer en el corazón de cada creyente esta esperanza.

5

Queridos hermanos, nos hemos reunido para alimentar nuestra vida cristiana en esta Eucaristía del Año



Jubilar y poder transformar nuestro mundo con la esperanza cristiana, ya que el corazón de todas las personas que habitan en la tierra está necesitado de la presencia salvífica de Dios.

Acto penitencial

1
Tú, que suscitas la fe:
R. Señor, ten piedad.

Tú, que inspiras la esperanza:
R. Cristo, ten piedad.

Tú, que generas la caridad:
R. Señor, ten piedad.

2
Tú, que abriste los ojos de los ciegos y liberaste a los cautivos:
R. Señor, ten piedad.

Tú, que prometiste los cielos nuevos y tierra nueva:
R. Cristo, ten piedad.

Tú, que ahora reinas a la derecha del Padre:
R. Señor, ten piedad.

3
Tú, luz que disipas las tinieblas:
R. Señor, ten piedad.

Tú, puerta que conduce a la salvación:
R. Cristo, ten piedad.

Tú, esperanza que no se desvanece:
R. Señor, ten piedad.

4
Tú, nuestra esperanza:
R. Señor, ten piedad.

Tú, nuestro Salvador:
R. Cristo, ten piedad.

Tú, Señor, nuestra vida:
R. Señor, ten piedad.

5
Tú, defensor de los pobres:
R. Señor, ten piedad.

Tú, refugio de los débiles:
R. Cristo, ten piedad.

Tú, esperanza de los pecadores:
R. Señor, ten piedad.

Oración de Fieles

1
Presidente: Hermanos, invoquemos al Padre celestial con firme esperanza.

R. Padre nuestro, escúchanos.

1. Por la Iglesia, para que en este Año Jubilar sea signo de esperanza y cada uno de sus miembros viva con alegría el anuncio de la misericordia de Dios. Roguemos al Señor. R.

2. Por los gobernantes y dirigentes de las naciones, para que promuevan la justicia y la paz en sus decisiones, y busquen el bien común, especialmente de los más necesitados y vulnerables. Roguemos al Señor. R.

3. Por todas las personas que desean vivir con hondura este Año Santo, para que experimenten un verdadero encuentro con Cristo que les conduzca a Dios Padre. Roguemos al Señor. R.

4. Por los pobres, los enfermos, los presos y los migrantes, para que en este Jubileo encuentren consuelo y apoyo en la comunidad cristiana, y puedan experimentar el amor y la esperanza que vienen de Dios. Roguemos al Señor. R.

5. Por nuestra comunidad parroquial (que ha peregrinado a este templo jubilar), para que, fortalecida por este Año Santo, renueve su compromiso de fe, esperanza y caridad, y sea testimonio de la bondad y misericordia de Dios. Roguemos al Señor. R.

Presidente: Escucha, Padre, nuestra oración: haz que todos los hombres te conozcan, único Dios verdadero, y aquel a quien has enviado, Jesucristo tu Hijo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

2
Presidente: Hermanos, dirijamos nuestra oración al Padre, que en Cristo abre a todos los hombres las puertas de la esperanza y de la vida.

R. Muéstranos, Señor, tu misericordia.

1. Por la Iglesia universal, para que el Espíritu Santo la guíe durante este Año Jubilar y sea para todos los fieles un camino de renovación, conversión y paz. Roguemos al Señor. R.

2. Por los pueblos y naciones del mundo, para que en este Año Jubilar crezca en todos el deseo de la paz, el respeto mutuo y el compromiso con la justicia. Roguemos al Señor. R.

3. Por todas las personas que sufren, para que encuentren en este Año de gracia a Cristo presente en la comunidad cristiana. Roguemos al Señor. R.

4. Por quienes sienten vivificada su esperanza en este Jubileo, para que vivan con generosidad y alegría, siguiendo los valores del Evangelio. Roguemos al Señor. R.

5. Por nosotros, peregrinos aquí reunidos, para que este Jubileo transforme nuestros corazones y nos convierta en instrumentos de la paz y esperanza de Dios en nuestras familias y comunidades. Roguemos al Señor. R.

Presidente: Oh Padre, que nos concedes la alegría de permanecer en tu casa para cantar la alabanza de tu nombre y sacar fuerzas de tu amor, ilumina nuestras vidas con tu Espíritu y haznos testigos de la esperanza evangélica. Por Jesucristo, nuestro Señor.

3
Presidente: Hermanos, la Palabra de Dios que hemos escuchado es el fundamento de nuestra fe, alimento de nuestra esperanza y fermento de fraternidad. Invocamos al Padre por las necesidades del mundo.

R. Ilumínanos y sosténnos, Señor, en nuestro camino.



1. Por la Iglesia y todos sus ministros, para que este Año Santo sea un tiempo de crecimiento en la fe y en la misión de anunciar el Evangelio. Roguemos al Señor. R.

2. Por los cristianos perseguidos y quienes viven en tierras en conflicto, para que Dios les conceda fortaleza y paz y encuentren en el Jubileo un signo de esperanza y cercanía de la Iglesia. Roguemos al Señor. R.

3. Por los líderes del mundo, para que trabajen con sinceridad y valentía en la construcción de un futuro donde reine la justicia y la dignidad humana. Roguemos al Señor. R.

4. Por quienes se sienten alejados de Dios y de la Iglesia, para que en este Año Jubilar encuentren el camino de regreso a la fe y a la comunión con la comunidad de los creyentes. Roguemos al Señor. R.

5. Por los difuntos, especialmente aquellos de nuestras familias y comunidades, para que el Señor les conceda el descanso eterno y la plenitud de la vida. Roguemos al Señor. R.

Presidente: Oh Padre, que en Cristo tu Hijo has dado al hombre la verdad que lo ilumina, la senda que le muestra el camino, la vida que lo renueva continuamente, sostennos con la fuerza de tu Espíritu para que progrese cada día en tu amor y en la esperanza del Reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

4

Presidente: Al Padre, que nos llama a participar en la alegría de su reino, dirijamos unánimes y confiados nuestra oración.

R. Mantén la esperanza en nosotros, Señor.

1. Por el Papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos, para que sean fortalecidos por el Espíritu Santo y, con su testimonio y servicio, guíen a los fieles en el camino de la conversión y la paz. Roguemos al Señor. R.

2. Por los matrimonios y las familias, para que en este Año Santo encuentren la gracia de la reconciliación y el fortalecimiento de los lazos de amor y de fe. Roguemos al Señor. R.

3. Por los migrantes, refugiados y desplazados, para que encuentren en nosotros acogida y apoyo, y que el Jubileo inspire en todos el compromiso de construir un mundo fraternal y solidario. Roguemos al Señor. R.

4. Por todos los que peregrinan en este Año Santo a este templo jubilar, para que, guiados por la fe, experimenten la misericordia de Dios y regresen a sus hogares renovados en el amor. Roguemos al Señor. R.

5. Por todos nosotros, para que este Jubileo nos acerque más a Cristo y nos haga reflejar el Evangelio en nuestras vida. Roguemos al Señor. R.

Presidente: Oh Padre, que acompañas y sostienes siempre a tu Iglesia peregrina en el mundo, despierta con la luz y la fuerza de tu Espíritu, una esperanza viva en nosotros, para que aprendamos a reconocer los signos de tu presencia en los acontecimientos de la historia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

5

Presidente: Dirijamos nuestras súplicas a Dios, que por medio del Espíritu Santo irradia en todos nosotros la luz de la esperanza.

R. Haznos testigos de la esperanza.

1. Por la Iglesia, para que este Año Santo sea un tiempo de conversión profunda y de fidelidad al Evangelio, y así sea luz para el mundo. Roguemos al Señor. R.

2. Por quienes viven en situaciones de sufrimiento, para que en este Jubileo encuentren consuelo, fortaleza y ayuda en su dolor, y sepan que no están solos. Roguemos al Señor. R.

3. Por los que trabajan por la paz y la justicia, para que sus esfuerzos den frutos de reconciliación y fraternidad en un mundo dividido por el odio y la indiferencia. Roguemos al Señor. R.

4. Por nuestra comunidad parroquial aquí peregrinante, para que este Jubileo nos impulse a vivir con mayor compromiso nuestra fe, en especial mediante la ayuda a los necesitados. Roguemos al Señor. R.

5. Por todos los difuntos, para que el Señor los reciba en su reino eterno, y

conceda paz y esperanza a quienes lloran su partida. Roguemos al Señor. R.

Presidente: Oh Dios, sostén y guía de tu pueblo, que en la cruz gloriosa de tu Hijo plantaste la semilla de la esperanza que no defrauda, haz que nada nos separe de tu amor para que, junto a nuestros hermanos, alcancemos la plenitud del gozo eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición Papal con anexa indulgencia plenaria

Todos los Obispos diocesanos o eparquiales y aquellos que en el derecho son equiparables a ellos, en el día más oportuno de este tiempo jubilar, con ocasión de la principal celebración en la catedral y en cada una de las iglesias jubilares, podrán impartir la Bendición Papal con anexa Indulgencia plenaria, conseguible por todos los fieles que reciban tal Bendición con las habituales condiciones. Esta bendición se da al final de la Misa, en vez de la bendición acostumbrada. El acto penitencial del principio de la Misa se orienta ya a esta bendición.

En la monición para el acto penitencial, el Obispo anuncia a los fieles la bendición con indulgencia plenaria que dará al final de la Misa, y los invita para que se arrepientan de sus pecados y se dispongan a participar de esta indulgencia.



En vez de la fórmula con que concluye habitualmente el acto penitencial, se emplea la siguiente:

V. Por las súplicas y los méritos de la Bienaventurada siempre Virgen María, de los santos Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los Santos, Dios omnipotente y misericordioso os conceda tiempo de verdadera y fructuosa penitencia, corazón siempre arrepentido, reforma de vida y perseverancia en el bien obrar y, perdonados todos vuestros pecados, os conduzca a la vida eterna.
R. Amén.

Terminada la oración después de la Comunión, el Obispo recibe la mitra. El diácono anuncia la bendición con estas u otras palabras semejantes:

Para el caso del Arzobispo:

El Eminentísimo Señor Cardenal Luis José Rueda Aparicio, por voluntad de Dios y de la Sede Apostólica, Arzobispo de esta santa Iglesia de Bogotá, en nombre del Romano Pontífice, dará la bendición con indulgencia plenaria a todos los aquí presentes, que estén verdaderamente arrepentidos, se hayan confesado y recibido la sagrada Comunión. Rueguen a Dios por nuestro beatísimo Papa Francisco, por nuestro Obispo Luis José, y sus obispos auxiliares, y por la Santa Madre Iglesia y esfuércense por permanecer en plena comunión con ella y en santidad de vida.

Para el caso de los obispos auxiliares:

El Excelentísimo Señor Alejandro Díaz García / Edwin Raúl Vanegas Cuervo, por voluntad de Dios y de la Sede Apostólica, Obispo auxiliar de esta santa Iglesia de Bogotá, en nombre del Romano Pontífice, dará la bendición con indulgencia plenaria a todos los aquí presentes, que estén verdaderamente arrepentidos, se hayan confesado y recibido la sagrada Comunión.

Rueguen a Dios por nuestro beatísimo Papa Francisco, por nuestro Obispo Luis José, y sus obispos auxiliares y por la Santa Madre Iglesia y esfuércense por permanecer en plena comunión con ella y en santidad de vida.

Entonces el Obispo, de pie y con mitra, extendiendo las manos saluda al pueblo, diciendo: El Señor esté con ustedes. Y todos responden: Y con tu espíritu.

El diácono puede decir el invitatorio: Inclínense para recibir la bendición, u otro con palabras semejantes. Y el Obispo, con las manos extendidas sobre el pueblo, dice la fórmula más apropiada de bendición solemne que se hallan en el Misal o que se encuentran precedentemente en este subsidio. Luego recibe el báculo y concluye la bendición con esta fórmula:

V. Por la intercesión de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, los bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo, + y Espíritu Santo.
R. Amén.

Mientras dice estas últimas palabras, hace el signo de la cruz sobre el pueblo.



Celebración penitencial

Antes de emprender la peregrinación a los templos jubilares puede ser interesante hacer una celebración penitencial comunitaria previa, es decir, cuando se reconcilian varios penitentes con confesión y absolución individual. Puede servir el siguiente esquema, adaptado del Ritual de la penitencia.

Introducción

1. Después de un canto apropiado y del saludo, el ministro que preside la celebración expone a los presentes el motivo que suscita la celebración, y los invita a orar; después de un breve espacio de silencio concluye la oración:

V. Abre, Señor, nuestro corazón para escuchar hoy tu Palabra, de tal modo que, al recibir el evangelio de tu Hijo, por su muerte y resurrección, nos decidamos a caminar con una vida renovada. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Lecturas

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos.
5,1-10

Hermanos: Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud

probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvados del castigo! Si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvados por su vida!

Palabra de Dios.

Salmo Responsorial
23,1b-2.3-4ab.5-6 (R.: cf. 6)

R. Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R.

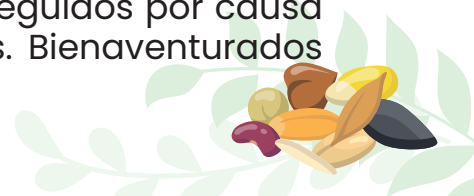
¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R.

Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Esta es la generación que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R.

Lectura del santo evangelio según san Mateo.
5,1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados



ustedes cuando los insulten y los persigan y los calumnien de cualquier modo por mi causa. Alégrese y regocíjese, porque su recompensa será grande en el cielo».

Palabra del Señor.

Homilía y examen de conciencia

A partir de los textos bíblicos y de los esquemas anteriormente propuestos para el examen de conciencia, puede proponerse un espacio de reflexión que anteceda propiamente los ritos penitenciales.

Acto Penitencial

Después del examen de conciencia, el ministro que preside invita a la oración diciendo estas o semejantes palabras:

Hermanos: Jesucristo nos ha dado ejemplo para que sigamos sus huellas. Dirijámosle nuestra oración con humildad y confianza para que purifique nuestros corazones y nos conceda vivir según su Evangelio.

Las invocaciones pueden ser hechas por un diácono o, en su defecto, por un lector.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»; pero nosotros vivimos demasiado pendientes de las riquezas e incluso las buscamos injustamente. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra»; pero nosotros vivimos en mutua violencia y nuestro mundo está lleno de discordia y de guerras. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados»; pero nosotros soportamos impacientemente nuestras penas y nos preocupamos muy poco de nuestros hermanos afligidos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados»; pero nosotros

tenemos poca sed de ti, fuente de toda santidad, y nos desinteresamos de la justicia privada y pública. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»; pero nosotros no queremos perdonar a los hermanos y juzgamos con severidad a nuestro prójimo. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»; pero nosotros servimos a nuestras concupiscencias y a los deseos de los sentidos, y no nos atrevemos a levantar hacia ti nuestros ojos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán “los hijos de Dios”», pero nosotros no construimos la paz en nuestras familias, en la sociedad, en la vida de los pueblos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

V. Señor Jesucristo, tú has dicho: «Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»; pero nosotros preferimos caer en la injusticia en vez de sufrir gustosos por causa de la justicia, y así discriminamos, oprimimos y perseguimos a nuestros hermanos. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Ten misericordia de nosotros.

El presidente:

V. Invoquemos ahora al Señor nuestro Padre, para que nos libre de todo mal y nos haga dignos de su reino:

R. Padre nuestro...

El presidente:

V. Señor Jesucristo, suave y humilde, de corazón misericordioso y pacífico, pobre e inmolado para nuestra justicia, que por medio de la cruz llegaste a la gloria para mostrarnos el camino de la salvación, concédenos recibir con gozo tu Evangelio y vivir según tu ejemplo, para ser coherederos y copartícipes de tu reino por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Confesión y absolución individual



A continuación, los fieles se acercan a los sacerdotes que se hallan en lugares adecuados y confiesan sus pecados, de los que es absuelto cada penitente individualmente, una vez impuesta y aceptada la correspondiente satisfacción.

Acción de gracias por la misericordia de Dios

Acabadas las confesiones, se puede tener un canto de acción de gracias, como por ejemplo el Magníficat.

Bendición de los peregrinos

Si se juzga oportuno, antes de dar la bendición y despedir a la asamblea, sobre todo si la peregrinación comienza inminentemente, se puede hacer la oración de bendición de los peregrinos al inicio de la peregrinación:

V. Dios todopoderoso, que otorgas tu misericordia a los que te aman y en ningún lugar estás lejos de los que te buscan, asiste a tus servidores que emprenden esta piadosa peregrinación y dirige su camino según tu voluntad; de los peregrinos que de día los cubra tu sombra protectora y de noche los alumbre la luz de tu gracia, para que, acompañados por ti, puedan llegar felizmente al lugar de su destino. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

Si se hace la bendición de los peregrinos, en vez de dar la bendición final de la forma acostumbrada se hace como sigue:

V. El Señor dirija nuestro camino y lo haga próspero y saludable.

R. Amén.

V. El Señor nos asista y se digne ser nuestro acompañante.

R. Amén.

V. Que el camino que ahora confiadamente emprendemos lo terminemos felizmente con la ayuda de Dios.

R. Amén.

V. Y la bendición de Dios todopoderoso, + Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre ustedes y los acompañe siempre.

R. Amén.

V. Pueden ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

Examen de conciencia

Preguntas generales

Quando se hace el examen de conciencia para preparar la celebración del sacramento de la penitencia, conviene que cada uno, ante todo, medite sobre su intención a la hora de celebrar el sacramento.

1. ¿Voy al sacramento de la penitencia con sincero deseo de purificación, conversión, renovación de vida y amistad más profunda con Dios, o, por el contrario, lo considero como una carga que se ha de recibir las menos veces posibles?

2. ¿Olvidé o callé voluntariamente algún pecado grave en las confesiones anteriores?

3. ¿Cumplí la penitencia que me fue impuesta? ¿Reparé las injusticias que acaso cometí? ¿Me esforcé en llevar a la práctica los propósitos de enmendar la vida según el Evangelio?

Preguntas específicas a partir de la relación con Dios, con el prójimo y con uno mismo.

1 El pecado que daña nuestra relación filial con Dios

«Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5).

1. Mi corazón ha de estar orientado a Dios. ¿Puedo decir que lo amo verdaderamente sobre todas las cosas y con amor de hijo, en fiel observancia de sus mandamientos? ¿Estoy demasiado absorto en las cosas temporales? ¿Mi intención al actuar es siempre correcta?

2. ¿Está firme mi fe en Dios, que nos ha hablado su palabra en su Hijo? ¿He dado mi total adhesión a la doctrina de la Iglesia? ¿Me tomo en serio mi formación permanente en la fe? ¿Conozco, leo y medito



la Palabra de Dios? ¿He profesado siempre mi fe en Dios y en la Iglesia con valentía y sin miedo? ¿Me he esforzado por demostrar que soy cristiano en mi vida pública y privada?

3. ¿He rezado a Dios asiduamente o acudo a él solamente en momentos puntuales de dificultad? ¿Es mi oración una verdadera conversación de corazón a corazón con Dios, o es simplemente una práctica externa vacía, una rutina? ¿He podido ofrecer mis ocupaciones, mis alegrías y mis dolores a Dios? ¿Me acerco a él con confianza?

4. ¿Tengo reverencia y amor hacia el nombre de Dios o lo ofendo con blasfemia, falsos juramentos o usando su nombre en vano? ¿He sido irrespetuoso con la Virgen y los santos?

5. ¿Guardo los domingos y días de fiesta de la Iglesia participando activa, atenta y piadosamente en la celebración litúrgica, y especialmente en la misa? ¿He cumplido el precepto anual de la confesión y de la comunión pascual? ¿He evitado realizar trabajos innecesarios en días festivos?

6. ¿Tengo, quizá, otros «dioses» o «ídolos», es decir, cosas por las que me preocupo y en las que confío más que en Dios, como son las riquezas, las supersticiones, el espiritismo o cualquier forma de inútil magia, que pueden llegar a

ocupar en mi vida el lugar que solo a él le corresponde?

2

El pecado que daña nuestra relación fraternal con los demás

«Les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros; como yo los he amado, ámense también unos a otros» (Jn 13,34).

1. ¿Tengo auténtico amor a mi prójimo o abuso de mis hermanos utilizándolos para mis fines o comportándome con ellos como no quisiera que se comportasen conmigo? ¿Los he escandalizado gravemente con palabras o con acciones?

2. ¿En mi familia, he contribuido con paciencia y amor verdadero al bien y la serenidad de los demás?

— Para los hijos. ¿He sido obediente a mis padres, los he respetado y honrado? ¿Les he ayudado con sus necesidades espirituales y materiales? ¿Estoy comprometido con los estudios? ¿He respetado a las autoridades legítimas (religiosas y familiares)? ¿Di un buen ejemplo en cada situación?

— Para los padres. ¿Me he preocupado por la educación cristiana de mis hijos? ¿Les di un buen ejemplo? ¿Los he apoyado y dirigido con mi autoridad?

— Para los cónyuges. ¿He sido siempre fiel en los afectos y en las acciones? ¿Tuve comprensión en momentos de ansiedad?

3. ¿Sé dar de lo que tengo, sin mezquinos egoísmos, a quienes son más pobres que yo? En la medida en que depende de mí, ¿defiendo a los oprimidos y ayudo a los necesitados? ¿Trato las personas cercanas a mí con desdén o dureza, especialmente a los pobres, los débiles, los ancianos, los marginados, los inmigrantes?

4. ¿Me doy cuenta de la misión que me ha sido encomendada? ¿He participado en el apostolado y obras caritativas de la Iglesia, en las iniciativas y vida de la parroquia? ¿He compartido mis bienes con la comunidad cristiana para colaborar en las necesidades de la Iglesia? Cuando la Iglesia me lo pidió, ¿recé y ofrecí mi contribución para las necesidades de la Iglesia y del mundo, por ejemplo, por la unidad de la Iglesia, por el seminario, por la evangelización de los pueblos, por el establecimiento de la justicia y la paz?

5. ¿Me preocupo por el bien y la prosperidad de la comunidad humana en la que vivo o solo me preocupo por mis intereses personales? ¿Participo, en la medida de mis posibilidades, en iniciativas que promuevan la justicia, la moral pública, la armonía y las obras de caridad? ¿He cumplido con mis deberes civiles? ¿He pagado mis impuestos y cumplido las leyes en lo que se refiere a los bienes materiales, sin caer en ningún tipo de fraude?

6. ¿Soy justo, comprometido, honesto en mi trabajo, dispuesto

a brindar mi servicio para el bien común? ¿Les di a los trabajadores y a todos los subordinados los salarios adecuados? ¿He seguido los contratos y cumplido mis promesas?

7. ¿He dado a las autoridades legítimas la obediencia y el respeto debidos? Si tengo algún rol o desempeño tareas directivas, ¿solo busco mi propio beneficio o me comprometo con el bien de los demás, con espíritu de servicio?

8. ¿Defiendo en lo que puedo a los oprimidos, ayudo a los que viven en la miseria, estoy junto a los débiles o, por el contrario, he despreciado a mis prójimos, sobre todo a los pobres, débiles, ancianos, extranjeros y hombres de otras razas?

9. Si tengo algún rol o desempeño tareas de responsabilidad o de autoridad, ¿solo busco mi propio beneficio o me comprometo con el bien de los demás, con espíritu de servicio?

10. ¿He practicado la verdad y la fidelidad, o he causado daño a otros con mentiras, calumnias, deducciones, juicios imprudentes, violación de secretos? ¿He difamado o calumniado a otros?

11. ¿He atentado contra la vida y la integridad física de otras personas, he ofendido su honor, he dañado sus bienes? ¿Procuré o recomendé un aborto? ¿He permanecido en silencio en situaciones en las que podía haber fomentado la



bondad? En la vida matrimonial, ¿soy respetuoso de la enseñanza de la Iglesia sobre la apertura a la vida y el respeto por ella? ¿He actuado contra mi integridad física (por ejemplo, esterilización)? ¿He sido siempre fiel incluso con mi mente? ¿He conservado en mi corazón el odio hacia otras personas? ¿He sido pendenciero? ¿He pronunciado insultos y palabras ofensivas, fomentando desacuerdos y resentimientos? ¿He dejado de testificar de forma culpable y egoísta sobre la inocencia de los demás? Al conducir un coche o utilizar otro medio de transporte, ¿he puesto en riesgo mi vida o la de otras personas?

12. ¿He robado? ¿He deseado injustamente las cosas de otras personas? ¿He dañado las posesiones de mi vecino? ¿He devuelto lo que robé y he reparado el daño causado?

13. Si he sido agraviado, ¿me he mostrado abierto a la reconciliación y al perdón por amor de Cristo, o conservo en mi corazón odio y deseo de venganza?

3 El pecado que daña nuestra libertad de hijos de Dios

«Por tanto, sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48).

1. ¿Cuál es la orientación fundamental de mi vida? ¿Me

animo con la esperanza de la vida eterna? ¿He tratado de revivir mi vida espiritual con la oración, la lectura y la meditación de la Palabra de Dios, la participación en los sacramentos? ¿He intentado erradicar los vicios, someter las pasiones y las inclinaciones perversas? ¿Reaccioné ante los motivos de la envidia, dominé la glotonería? Yo era presuntuoso y orgulloso, ¿he buscado afirmar tanto mi «yo» que he despreciado a los demás y me preferí a ellos? ¿He impuesto mi voluntad a los demás, pisoteando su libertad y descuidando sus derechos?

2. ¿Qué uso he hecho del tiempo, de las fuerzas, de los dones recibidos de Dios como los «talentos del Evangelio»? ¿Utilizo todos estos medios para crecer cada día más en la perfección de la vida espiritual y en el servicio a los demás? ¿He estado inerte y perezoso? ¿Cómo uso Internet y otros medios de comunicación social?

3. ¿He soportado los dolores y las pruebas de la vida con paciencia y espíritu de fe? ¿He practicado el ayuno, la limosna y la oración como ayudas para mi propia conversión?

4. ¿Vivo la castidad propia de mi estado de vida, pensando que mi cuerpo es templo del Espíritu Santo, destinado a resurrección y gloria? ¿He guardado mis sentidos y he evitado ensuciarme en espíritu y cuerpo con malos pensamientos y deseos, con palabras y acciones indignas? ¿Me he permitido lecturas, discursos, espectáculos,

entretenimientos en contraste con la honestidad humana y cristiana?
¿He escandalizado a otros con mi comportamiento?

5. ¿He actuado en contra de mi conciencia por miedo o hipocresía?

6. ¿He tratado de comportarme en todo y siempre con la verdadera libertad de los hijos de Dios y según la ley del Espíritu, o me he dejado esclavizar por mis pasiones?

7. ¿He omitido algo que me era posible lograr?

Otros textos de la Palabra de Dios para meditar y preparar el examen de conciencia

- 2 Crónicas 7,14. 2
- Crónicas 30,29b.
- Isaías 55,7.
- Jeremías 3,12b.
- Joel 2,13.
- Proverbios 17,9.
- Proverbios 28,13.
- Salmo 32,5.
- Salmo 86,5.
- Mateo 6,14.
- Mateo 18,21-22.
- Marcos 11,25.
- Lucas 6,37.
- Hechos 2,38.
- Hechos 3,19.
- Hechos 13,38-39.
- 2 Corintios 5,17-21
- Colosenses 3,13.
- Efesios 1,7.
- Efesios 4,32.
- 1 Juan 2,2.



Viacrucis de la esperanza

La oración del viacrucis puede promoverse todos los viernes, aun fuera del tiempo de Cuaresma. Quiere ser un estímulo para profundizar tanto en el tema de la esperanza, como en el espíritu penitencial, también necesario para alcanzar la indulgencia.

V. Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor Dios nuestro. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
R. Amén

V. Nuestra esperanza está en Cristo, porque en Él se ha completado ya lo que se nos ha prometido y que nosotros esperamos conseguir (San Agustín, Contra Fausto, 11,7).

R. Jesús, mi Señor y Redentor, yo me arrepiento de todos los pecados que he cometido hasta hoy, y me pesa de todo corazón, porque con ellos he ofendido a un Dios tan bueno. Propongo firmemente no volver a pecar y confío en que por tu infinita misericordia me has de conceder el perdón de mis culpas y me has de llevar a la vida eterna. Amén.

1ª Estación: Jesús es condenado a muerte

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: El pueblo esperaba una liberación inmediata, fulgurante. Habían aguardado mucho tiempo en vano y habían puesto en Jesús sus ilusiones y esperanzas, pero se sintieron defraudados por el profeta de Nazaret. Quizá por eso pidieron a gritos su muerte, quizá por eso prefirieron a Barrabás; la esperanza de una vida mejor les impidió abrazar la esperanza de la vida verdadera.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a mantener los altos ideales, a pesar de las dificultades. Jesús Hermano, acompaña a los que se ven defraudados en sus expectativas. Jesús Señor, perdona tú nuestra impaciencia por alcanzar las metas más altas.

2ª Estación: Jesús sale al camino con la cruz

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: El camino es una de las grandes metáforas de la vida humana. A través de los caminos, Abel, el nómada, se descubrió a sí mismo. En los caminos, también Abraham descubrió a su Dios. Caminando por el desierto, las tribus de Israel se descubrieron como pueblo elegido por Dios. También Jesús de Nazaret ha vivido por los caminos, también para morir tiene que ponerse en actitud caminante.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a vivir siempre en camino como tú has vivido. Jesús Hermano, acompaña tú los pasos de los inquietos y de los buscadores. Jesús Señor, confesamos con fe que tú eres a la vez nuestro camino y nuestro guía.

3ª Estación: Jesús cae por primera vez

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: En el camino de la esperanza humana, la primera caída es siempre la de la pereza. Así ocurrió en otro tiempo. La añoranza de las tierras de Egipto mantenía inmóviles a los antiguos esclavos. No le fue fácil a Moisés moverlos a abandonar la comodidad para echarse al

riesgo de los caminos que se abrían en el desierto. Sin embargo, Jesús venció esta tentación y nosotros no podemos quedarnos instalados en la comodidad.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a vivir una esperanza activa y comprometida. Jesús Hermano, acompaña a los que se deciden a comenzar cada día una nueva tentativa. Jesús Señor, perdona esa cómoda inmovilidad que nos invita a no arriesgar nunca nada.

4ª Estación: Jesús encuentra a su Madre.

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: También María de Nazaret tuvo que salir una vez a los caminos en busca de Jesús. Su esperanza se le convirtió entonces en inseguridad. Lo encontró en el templo cuando era todavía adolescente, rodeado por los hombres de la Ley, igual que ahora lo encuentra en las calles de Jerusalén, hostigado por los hombres de la Ley.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a buscar la verdad, sin desalentarnos por las dificultades. Jesús Hermano, acompaña a los que andan perdidos o desconcertados por la propaganda. Jesús Señor, perdona tú nuestro legalismo y la sequedad que mata nuestra vida.



5ª Estación: Jesús es ayudado por Simón de Cirene

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: “Los gozos y esperanzas de los hombres son también los gozos y esperanzas de los cristianos”, ha dicho el Concilio Vaticano II. En realidad, también las tristezas y las angustias deberían ser comunes. En el camino de la vida no podemos evadirnos de nuestra responsabilidad ante el dolor humano. También los hombres y mujeres de hoy esperan encontrar en cada uno de nosotros un Cireneo.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a crear un mundo de esperanzas para todos los marginados. Jesús Hermano, acompaña con tu fuerza a todos los que deciden ayudarnos. Jesús Señor, descúbrenos siempre que “tu carga es ligera” y que hemos de llevar las cargas de nuestros hermanos.

6ª Estación: La Verónica limpia el rostro de Jesús

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: Su nombre significa “verdadera imagen”. Gracias a la leyenda, se ha convertido en símbolo de todos los seguidores

de Jesús. Ellos saben que por todas partes pueden ir descubriendo las “semillas de la Palabra”. Las encontrarán dondequiera que florezcan la verdad, la bondad y la belleza. Y, sobre todo, cuando alivien el dolor de sus hermanos. La osadía de la Verónica es un gran modelo para la esperanza cristiana, no nos permite desmayar en la búsqueda del rostro de Cristo.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a “dar razón de la esperanza” siempre que se nos pida. Jesús Hermano, acompaña con tu gracia a los que buscan tu rostro por el mundo. Jesús Señor, perdona que llamemos prudencia a la cobardía que nos impide salir a tu encuentro en los pobres.

7ª Estación: Jesús cae por segunda vez

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: En el camino de la esperanza, la segunda caída es la de la desesperación. Puede ser trágica o trivial. Se confunde con el desaliento de los que piensan que nunca podrán alcanzar la meta. Por eso abandonan el riesgo del caminar y buscan otras ocupaciones más placenteras. El pueblo de Israel sucumbió a esta tentación ante el anuncio de los exploradores enviados por Moisés a la tierra prometida. También Jesús debió de sentir esta prueba ante la dureza de los suyos. Nosotros

abandonamos la llamada de la esperanza y nos conformamos con otros desencantos.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a vivir una esperanza humilde y renovada cada día. Jesús Hermano, acompaña tú a todos los que se sienten desalentados y cansados. Jesús Señor, perdona tú la facilidad con que aceptamos el fracaso de nuestras esperanzas mejores.

8ª Estación: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: El pueblo de Israel había sido llamado a vivir pendiente de las promesas de Dios. Durante el camino por el desierto había aprendido a vivir de la esperanza comunitaria. Las mujeres de Jerusalén son como la imagen del fracaso de todo un pueblo. Ellas recuerdan a Jesús que muchas veces las esperanzas de los pueblos mueren aplastadas por la opresión o por la rutina y Jesús lo siente por ellas y por el pueblo al que representan sin saberlo.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a vivir de una esperanza común, compartida y solidaria. Jesús Hermano, acompaña a los que sueñan por su pueblo y sufren el peso de esos sueños. Jesús Señor, fortalece con tu gracia la esperanza de los débiles, los cansados y los decepcionados.

9ª Estación: Jesús cae por tercera vez

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: Hay todavía otro gran pecado que nos acecha en el camino de la esperanza: la tercera caída es la de la presunción. La altanería de los que piensan que ya han logrado todas las metas y por eso abandonan la fatiga del caminar. Apenas pasado el Mar Rojo, el pueblo de Israel quiso permanecer tranquilo entre las fuentes y palmeras del primer oasis. Jesús presenció muchas veces la satisfecha seducción de los suyos. También nosotros creemos haber llegado a la meta de la experiencia humana y de la vivencia religiosa, hasta creemos que nunca ha habido cristianos mejores que nosotros.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a vivir de una esperanza humilde y dinámica. Jesús Hermano, acompaña y reprende a los que se sienten demasiado satisfechos de sus logros. Jesús Señor, perdona tú el pecado de habernos creído nuestras fantasías y nuestras altivas ilusiones.

10ª Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.



Meditación: Los fariseos ponían la santidad en las filacterias que añadían a sus vestidos. Jesús ha de soportar el ser desnudado públicamente. Las ropas y los vestidos no constituyen la grandeza de la persona. La esperanza no puede confundirse con el "tener": hunde sus raíces en la roca firme del "ser". La esperanza no brota del optimismo, sino que vive en la pobreza y la gratuidad, en el alma de los pobres y de los despojados.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a no confiar en nuestras cosas, por magníficas que parezcan. Jesús Hermano, acompaña a los pobres de esta tierra, es decir a los que han sido empobrecidos. Jesús Señor, perdona esa farisaica ostentación con que pretendemos cubrir nuestra vaciedad.

11ª Estación: Jesús es clavado en ,a cruz

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: A los lados de Jesús crucificaron a dos malhechores. El tormento es el mismo, pero su suerte es diferente. El suplicio de la cruz a uno le hace perder la esperanza. Y al otro se la enciende en una plegaria: "Acuérdate de mí cuando estés en tu Reino". La realidad puede ser la misma para unos y para otros. La esperanza nos da unos ojos diferentes para ver más

allá de la más dolorosa realidad y, precisamente por eso, la oración está siempre unida a la esperanza.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a descubrir los planes de Dios en los acontecimientos diarios de la vida. Jesús Hermano, acompaña con tu misericordia a los que mueren en este tiempo aparentemente sin sentido. Jesús Señor, "acuérdate de todos nosotros ahora que vives en tu Reino".

12ª Estación: Jesús muere en la cruz

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: En la mañana pascual, camino de Emaús, dos discípulos desilusionados confesaban abatidos: "Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel". Evidentemente, la muerte de Jesús en la cruz fue y es un momento de crisis para las esperanzas humanas, pero él nos revela que era preciso recorrer el camino del dolor. Solo tras la escucha de la palabra del Resucitado, y después de compartir su mesa, puede nacer la verdadera esperanza. Dichoso el que puede exclamar: "Salve Cruz, nuestra única esperanza".

Oración: Jesús Maestro, enséñanos la sabiduría impensable y difícil de tu cruz Jesús Hermano, acompaña a los que se ven obligados a afrontar una muerte injusta. Señor, perdona tú a los que siguen todavía condenando a muerte a sus hermanos.

13ª Estación: Jesús es puesto en brazos de su Madre

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: Poco antes de morir en la cruz, Jesús ha dejado a su Madre al cuidado del discípulo amado y ha confiado al discípulo a la atención amorosa de su Madre. Desde entonces, María es modelo para la esperanza de la Iglesia peregrinante. Por eso, el pueblo de Dios sigue invocándola con los nombres de “vida, dulzura y esperanza”. Junto a ella el pueblo de Dios desea vivir en la fidelidad a la Palabra de Dios y espera la glorificación de todo lo humano.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a confiar siempre en la palabra de Dios, como tu Madre. Jesús Hermano, acompaña con tu gracia a todos aquellos que ofrecen esperanza a los abatidos y humillados. Jesús Señor, mantén viva y operante la esperanza de tu Iglesia peregrina.

14ª Estación: Jesús es sepultado

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.
R. Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Meditación: Para Jesús, bajar al sepulcro fue la consecuencia lógica de su encarnación. El grano de trigo aceptaba pudrirse en el surco para producir nueva vida. Esa aparente derrota era la promesa de una primavera de nuevas mieses. Solo a partir de la resurrección será comprensible el camino de Jesús de Nazaret, solo en la resurrección cobra aliento la inverosímil esperanza de los hombres porque Jesús es la esperanza y el esperado.

Oración: Jesús Maestro, enséñanos a esperar cada día contra toda esperanza. Jesús Hermano, acompaña por el camino de la vida a todos los que se consideran fracasados. Jesús Señor, perdónanos por prestarnos a actuar como sepultureros de las mejores esperanzas humanas.

V. Oremos por las intenciones del Sumo Pontífice

- Padre Nuestro
- Ave María
- Gloria al Padre.

Se puede concluir con la oración del Jubileo.



Celebración Mariana

Rosario de la esperanza

Esta propuesta de Rosario, sugiere unas meditaciones que no corresponden a los tradicionales misterios. Sin embargo, pueden tomarse en cuenta luego de enunciar cada decena, preferiblemente cuando se consideren los misterios gloriosos

Introducción

El Rosario de la Esperanza nos invita a una permanente espiritualidad pascual, que incluye simultáneamente tanto la contemplación de Cristo en la cruz y en el sepulcro, como el asombro ante la novedad de la tumba vacía en la mañana de la resurrección. Así, en medio de la tristeza, aparece la esperanza por la que podemos ver el horizonte último: el triunfo de la vida. Al alzar la mirada reconocemos la presencia de Santa María, Madre de la esperanza, y nos acogemos a su invitación de acompañarla en esta espera, mientras con su maternal cuidado también ella sostiene nuestras muchas esperanzas.

V. Por la Señal de la Santa cruz, de

nuestros enemigos, líbranos, Señor Dios nuestro. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R. Amén.

Jesús, mi Señor y Redentor, yo me arrepiento de todos los pecados que he cometido hasta hoy, y me pesa de todo corazón, porque con ellos he ofendido a un Dios tan bueno. Propongo firmemente no volver a pecar y confío en que por tu infinita misericordia me has de conceder el perdón de mis culpas y me has de llevar a la vida eterna. Amén.

1º Meditación: La "fe preciosa" de Santa María

La virtud de la esperanza no tendría sentido sin el don tan precioso de la fe. Esta fe, que es confianza en Dios y en su palabra, la vemos en María. La fe en la Madre es preciosa porque ella ha aceptado, en la Anunciación, la invitación de Dios acogiendo al Señor en su seno y entrando en la escuela de la fe, en donde guiada por su hijo irá madurando y ganando

una consistencia que le permitirán responder con generosidad al Plan de Dios a lo largo de toda su vida, incluso en los momentos difíciles.

- Padre nuestro
- 10 avemarías
- Gloria al Padre

2° Meditación: la esperanza en el dolor

Cuando muere el Señor, quienes lo siguen pasan por un momento intenso de prueba. Pocos de ellos son conscientes de que detrás de la muerte de Jesucristo está la victoria y el triunfo. Para los discípulos, la muerte de Cristo es donde su fe y esperanza se ve probada. Cuando esto ocurre, María, por su fe, puede permanecer firme en el momento de mayor dolor. Sin embargo, su dolor no es cancelado, no es anulado, éste se transforma en una dimensión nueva, la dimensión de la esperanza que hace que su amor permanezca vivo aun cuando todo parece muerto.

- Padre nuestro
- 10 avemarías
- Gloria al Padre

3° Meditación: La oración, escuela de la esperanza.

María ha visto el cumplimiento de las promesas de Dios a lo largo de toda su vida, es por esto por lo que medita y espera con confianza el cumplimiento de las profecías: “y al tercer día resucitará”. La Madre espera, y nutre su esperanza de la oración. Ella prevé confiadamente

lo que va a suceder y se pone en manos del Padre, esperando la resurrección de su Hijo, el Señor Jesús, alentada por la fuerza del Espíritu que la ilumina, especialmente en los momentos de oración.

- Padre nuestro
- 10 avemarías
- Gloria al Padre

4° Meditación: Vivir la esperanza de María

Vana sería nuestra esperanza si es que no estuviera fundamentada en el misterio más grande del Señor Jesús, en su Resurrección. En este misterio fundamenta su existencia Santa María, porque en él reconoce que Dios Padre cumple todas sus promesas. En Santa María no cabe duda ni desesperación porque en su corazón está presente siempre Jesús, en quien confía plenamente y con quien se ha ido conformando. Así como María vive su esperanza, estamos también nosotros invitados a participar de la confianza en las promesas de Dios, a poner a Jesús como el centro de nuestra vida y a esperar junto con ella la Resurrección del Señor.

- Padre nuestro
- 10 avemarías
- Gloria al Padre

5° Meditación: De la esperanza a la caridad

La preciosa fe de María la conduce a confiar plenamente en el cumplimiento de las promesas de Dios. Su esperanza, fundada en



ese encuentro profundo a través de la oración con Dios Padre y su Hijo Jesucristo, la llevan a vivir una fidelidad inquebrantable y la auténtica caridad. Estos han sido los motivos de su conformación con Cristo, de su configuración plena con Él. María aprende de Jesús a amar a sus hijos en la fe.

- Padre nuestro
- 10 avemarías
- Gloria al Padre

Letanías de la esperanza

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.

Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.

V. Dios, Padre Celestial.
R. Ten piedad de nosotros.

V. Dios, Hijo Redentor del mundo,
R. Ten piedad de nosotros.

V. Dios, Espíritu Santo,
R. Ten piedad de nosotros.

V. Trinidad Santa, un solo Dios.
R. Ten piedad de nosotros.

V. Santa María.
R. Ruega por nosotros.

Madre de Dios. R.
Madre del Mesías liberador. R.
Madre de todos los redimidos. R.
Madre de todos los pueblos. R.

Madre del Perdón. R.
Madre del Amor. R.
Madre de la Esperanza. R.
Sierva del Señor. R.
Sierva de la Palabra de Dios. R.
Sierva de la Redención. R.
Sierva del Reino de Dios. R.
Discípula de Cristo. R.
Testigo del Evangelio. R.
Hermana de los hombres. R.
Orgullo de nuestra raza. R.
Inicio de la Iglesia. R.
Madre de la Iglesia. R.
Modelo de la Iglesia. R.
Imagen de la Iglesia. R.
Mujer fiel hasta el final. R.
Primicia de la Pascua. R.
Resplandor de Pentecostés. R.
Estrella de la Evangelización. R.
Presencia orante en el mundo. R.
Esperanza de los pobres. R.
Confianza de los humildes. R.
Apoyo de los marginados. R.
Consuelo de los oprimidos. R.
Defensa de los inocentes. R.
Fuerza de los perseguidos. R.
Protección de los desterrados. R.
Clamor de comunión. R.
Clamor de libertad. R.
Grito de paz. R.
Signo del rostro materno de Dios. R.
Signo de la cercanía del Padre. R.
Signo de la misericordia del Hijo. R.
Signo de la fecundidad del Espíritu Santo. R.
Santa María, de los que han perdido la esperanza. R.
Santa María, signo de esperanza y seguro de consuelo. R.
Santa María, esperanza segura de salvación. R.
Santa María, esperanza de los creyentes. R.
Santa María, luz de la humanidad. R.
Santa María, ayuda y consuelo de

los que acuden a Dios. R.

V. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Escúchanos Señor.

V. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

R. Perdónanos Señor.

V. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo

R. Ten piedad de nosotros.

Salve

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve, a ti clamamos los desterrados hijos de Eva, a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos, y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh, clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas y gracias de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

V. Oremos por las intenciones del Sumo Pontífice

- Padre nuestro
- Avemaría
- Gloria al Padre.

Se puede concluir con la oración del Jubileo.



Catequesis Pontificias

sobre la esperanza

Se proponen tres meditaciones de los últimos papas sobre el tema de la esperanza. Estas pueden motivar un espacio de catequesis en el contexto de la visita a los templos jubilares.

1. La esperanza como espera y preparación del reino de Dios

Audiencia general de San Juan Pablo II, 2 de diciembre de 1998.

1. El Espíritu Santo es la fuente de la «esperanza que no defrauda» (Rm 5, 5). A la luz de esta verdad, después de haber examinado algunos de los «signos de esperanza» presentes en nuestro tiempo, hoy queremos profundizar el significado de la esperanza cristiana en el tiempo de espera y de preparación para la venida del reino de Dios en Cristo al final de los tiempos. A este respecto, como subrayé en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, es preciso recordar que «la actitud fundamental de la esperanza, por una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da

sentido y valor a su entera existencia y, por otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios» (n. 46).

2. La esperanza de la venida definitiva del reino de Dios y el compromiso de transformación del mundo a la luz del Evangelio tienen en realidad una misma fuente: el don escatológico del Espíritu Santo, «prenda de nuestra herencia, para redención del pueblo de su posesión» (Ef 1, 14), que suscita el anhelo de la vida plena y definitiva con Cristo y, a la vez, infunde en nosotros la fuerza para difundir por toda la tierra la levadura del reino de Dios.

En cierto modo, se trata de una realización anticipada del reino de Dios entre los hombres, gracias a la resurrección de Cristo. En él, Verbo encarnado, muerto y resucitado por nosotros, el cielo descendió a la tierra y ésta, en su humanidad glorificada, ascendió al cielo. Jesús resucitado está presente en medio de su

pueblo y en el centro de la historia humana. Por el Espíritu Santo, reviste de sí mismo a los que en la fe y en la caridad se abren a él, más aún, los transfigura progresivamente, haciéndolos partícipes de su misma existencia glorificada. Ya viven y actúan en el mundo con la mirada siempre puesta en la meta final: «Si han resucitado con Cristo — exhorta san Pablo—, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col 3, 1). Por tanto, los creyentes están llamados a ser en el mundo testigos de la resurrección de Cristo y, a la vez, constructores de una sociedad nueva.

3. El signo sacramental por excelencia de las últimas realidades ya anticipadas y actualizadas en la Iglesia es la *Eucaristía*. En ella el Espíritu, invocado en la epiclesis, «transubstancia» la realidad sensible del pan y del vino en la nueva realidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo. El Señor resucitado está realmente presente en la Eucaristía y, en él, la humanidad y el universo asumen el sello de la nueva creación. En la Eucaristía se gustan las realidades definitivas y el mundo comienza a ser lo que será en la venida final del Señor.

La Eucaristía, culmen de la vida cristiana, no sólo plasma la existencia personal del cristiano, sino también la vida de la comunidad eclesial y, de algún modo, de la sociedad entera. La Eucaristía proporciona al pueblo de Dios la energía divina que lo impulsa a vivir profundamente la comunión de amor significada y

realizada por la participación en la única mesa. Asimismo, lo estimula a compartir con espíritu de fraternidad también los bienes materiales, orientándolos a la edificación del reino de Dios (cf. Hch 2, 42-45).

De este modo, la Iglesia se convierte en «pan partido» para el mundo: para la gente en medio de la cual vive, especialmente para los más necesitados. La celebración eucarística es la fuente de las diversas obras de caridad y de ayuda recíproca, de la acción misionera y de las diferentes formas de testimonio cristiano, a través de las cuales ayudamos al mundo a comprender la vocación de la Iglesia según el plan de Dios.

Además, manteniendo viva la vocación a no conformarse a la mentalidad del mundo presente y a vivir en espera de Cristo «hasta que venga», la Eucaristía enseña al pueblo de Dios el camino para purificar y perfeccionar las actividades humanas sumergiéndolas en el misterio pascual de la cruz y la resurrección.

4. Así se comprende el verdadero significado de la esperanza cristiana. Al dirigir nuestra mirada hacia «los nuevos cielos y la nueva tierra» donde tendrá morada estable la justicia (cf. 2 P 3, 13), esa esperanza «no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana que puede ofrecer ya un cierto esbozo del mundo nuevo» (*Gaudium et spes*, 39).



En particular, el anuncio de esperanza que ofrece la comunidad cristiana debe actuar como levadura de resurrección por medio del compromiso cultural, social, económico y político de los fieles laicos.

Es verdad que «hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del reino de Dios» (ib.), pero también es verdad que en el reino de Dios, que se consumará al final de los tiempos, «permanecerá la caridad, con sus frutos (cf. 1 Co 13, 8; Col 3, 14)» (cf. ib.). Eso significa que todo lo que se ha hecho en la caridad de Cristo anticipa la resurrección final y la llegada del reino de Dios.

5. La espiritualidad del cristiano se presenta así en su verdadera luz: no es una espiritualidad de huida o rechazo del mundo; tampoco se reduce a una simple actividad de orden temporal. Impregnada por el Espíritu de vida, derramado por el Resucitado, es una espiritualidad de transfiguración del mundo y de esperanza en la venida del reino de Dios.

Gracias a ella, los cristianos pueden descubrir que las realizaciones del pensamiento y del arte, de la ciencia y de la técnica, cuando se viven con el espíritu del Evangelio, testimonian la presencia del Espíritu de Dios en todas las realidades terrenas. Así, no sólo en la oración, sino también en el esfuerzo realizado diariamente para preparar el reino de Dios en la historia,

se escucha con fuerza la voz del Espíritu y de la Esposa, que invocan: «¡Ven! (...) ¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 17. 20). Es la magnífica conclusión del Apocalipsis y, podríamos decir, el sello cristiano de la historia.

2. Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo

Del mensaje de Benedicto XVI a los jóvenes del mundo con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud 2009

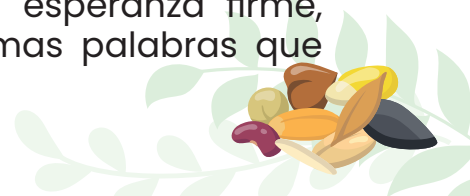
La cuestión de la esperanza está en el centro de nuestra vida de seres humanos y de nuestra misión de cristianos, sobre todo en la época contemporánea. Todos advertimos la necesidad de esperanza, pero no de cualquier esperanza, sino de una esperanza firme y creíble, como he subrayado en la Encíclica *Spe Salvi*. La juventud, en particular, es tiempo de esperanzas, porque mira hacia el futuro con diversas expectativas. Cuando se es joven se alimentan ideales, sueños y proyectos; la juventud es el tiempo en el que maduran opciones decisivas para el resto de la vida. Y tal vez por esto es la etapa de la existencia en la que afloran con fuerza las preguntas de fondo: ¿Por qué estoy en el mundo? ¿Qué sentido tiene vivir? ¿Qué será de mi vida? Y también, ¿cómo alcanzar la felicidad? ¿Por qué el sufrimiento, la enfermedad y la muerte? ¿Qué hay más allá de la muerte? Preguntas que son apremiantes cuando nos tenemos que medir con obstáculos que

a veces parecen insuperables: dificultades en los estudios, falta de trabajo, incomprensiones en la familia, crisis en las relaciones de amistad y en la construcción de un proyecto de pareja, enfermedades o incapacidades, carencia de recursos adecuados a causa de la actual y generalizada crisis económica y social. Nos preguntamos entonces: ¿Dónde encontrar y cómo mantener viva en el corazón la llama de la esperanza?

La experiencia demuestra que las cualidades personales y los bienes materiales no son suficientes para asegurar esa esperanza que el ánimo humano busca constantemente. Como he escrito en la citada Encíclica *Spe salvi*, la política, la ciencia, la técnica, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son suficientes para ofrecer la gran esperanza a la que todos aspiramos. Esta esperanza «sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar» (n. 31). Por eso, una de las consecuencias principales del olvido de Dios es la desorientación que caracteriza nuestras sociedades, que se manifiesta en la soledad y la violencia, en la insatisfacción y en la pérdida de confianza, llegando incluso a la desesperación. Fuerte y clara es la llamada que nos llega de la Palabra de Dios: «Maldito quien confía en el hombre, y en la carne busca su fuerza, apartando su corazón del Señor. Será como

un cardo en la estepa, no verá llegar el bien» (Jr 17,5-6).

La crisis de esperanza afecta más fácilmente a las nuevas generaciones que, en contextos socio-culturales faltos de certezas, de valores y puntos de referencia sólidos, tienen que afrontar dificultades que parecen superiores a sus fuerzas. Pienso, queridos jóvenes amigos, en tantos coetáneos suyos heridos por la vida, condicionados por una inmadurez personal que es frecuentemente consecuencia de un vacío familiar, de opciones educativas permisivas y libertarias, y de experiencias negativas y traumáticas. Para algunos –y desgraciadamente no pocos–, la única salida posible es una huída alienante hacia comportamientos peligrosos y violentos, hacia la dependencia de drogas y alcohol, y hacia tantas otras formas de malestar juvenil. A pesar de todo, incluso en aquellos que se encuentran en situaciones penosas por haber seguido los consejos de «malos maestros», no se apaga el deseo del verdadero amor y de la auténtica felicidad. Pero ¿cómo anunciar la esperanza a estos jóvenes? Sabemos que el ser humano encuentra su verdadera realización sólo en Dios. Por tanto, el primer compromiso que nos atañe a todos es el de una nueva evangelización, que ayude a las nuevas generaciones a descubrir el rostro auténtico de Dios, que es Amor. A ustedes, queridos jóvenes, que buscan una esperanza firme, les digo las mismas palabras que



san Pablo dirigía a los cristianos perseguidos en la Roma de entonces: «El Dios de la esperanza los colme de todo gozo y paz en su fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (Rm 15,13). Durante este año jubilar dedicado al Apóstol de las gentes, con ocasión del segundo milenio de su nacimiento, aprendamos de él a ser testigos creíbles de la esperanza cristiana.

Cuando se encontraba en medio de dificultades y pruebas de distinto tipo, Pablo escribía a su fiel discípulo Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (1 Tm 4,10). ¿Cómo había nacido en él esta esperanza? Para responder a esta pregunta hemos de partir de su encuentro con Jesús resucitado en el camino de Damasco. En aquel momento, Pablo era un joven como vosotros, de unos veinte o veinticinco años, observante de la ley de Moisés y decidido a combatir con todos los medios a quienes él consideraba enemigos de Dios (cf. Hch 9,1). Mientras iba a Damasco para arrestar a los seguidores de Cristo, una luz misteriosa lo deslumbró y sintió que alguien lo llamaba por su nombre: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Cayendo a tierra, preguntó: «¿Quién eres, Señor?». Y aquella voz respondió: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (cf. Hch 9,3-5). Después de aquel encuentro, la vida de Pablo cambió radicalmente: recibió el bautismo y se convirtió en apóstol del

Evangelio. En el camino de Damasco fue transformado interiormente por el Amor divino que había encontrado en la persona de Jesucristo. Un día llegará a escribir: «Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (Ga2,20). De perseguidor se transformó en testigo y misionero; fundó comunidades cristianas en Asia Menor y en Grecia, recorriendo miles de kilómetros y afrontando todo tipo de vicisitudes, hasta el martirio en Roma. Todo por amor a Cristo.

Para Pablo, la esperanza no es sólo un ideal o un sentimiento, sino una persona viva: Jesucristo, el Hijo de Dios. Impregnado en lo más profundo por esta certeza, podrá decir a Timoteo: «Hemos puesto nuestra esperanza en el Dios vivo» (1 Tm 4,10). El «Dios vivo» es Cristo resucitado y presente en el mundo. Él es la verdadera esperanza: Cristo que vive con nosotros y en nosotros y que nos llama a participar de su misma vida eterna. Si no estamos solos, si Él está con nosotros, es más, si Él es nuestro presente y nuestro futuro, ¿por qué temer? La esperanza del cristiano consiste por tanto en aspirar «al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (Catecismo de la Iglesia Católica , 1817).

Jesús, del mismo modo que un día encontró al joven Pablo, quiere encontrarse con cada uno de ustedes, queridos jóvenes. Sí, antes que un deseo nuestro, este encuentro es un deseo ardiente de Cristo. Pero alguno de ustedes me podría preguntar: ¿Cómo puedo encontrarlo yo, hoy? O más bien, ¿de qué forma Él viene hacia mí? La Iglesia nos enseña que el deseo de encontrar al Señor es ya fruto de su gracia. Cuando en la oración expresamos nuestra fe, incluso en la oscuridad lo encontramos, porque Él se nos ofrece. La oración perseverante abre el corazón para acogerlo, como explica san Agustín: «Nuestro Dios y Señor [...] pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar» (Carta 130,8,17). La oración es don del Espíritu que nos hace hombres y mujeres de esperanza, y rezar mantiene el mundo abierto a Dios (cf. Enc. Spe salvi, 34).

De espacio en su vida a la oración. Está bien rezar solos, pero es más hermoso y fructuoso rezar juntos, porque el Señor nos ha asegurado su presencia cuando dos o tres se reúnen en su nombre (cf. Mt 18,20). Hay muchas formas para familiarizarse con Él; hay experiencias, grupos y movimientos, encuentros e itinerarios para aprender a rezar y de esta forma crecer en la experiencia de fe. Participen en la liturgia en sus parroquias y aliméntense abundantemente de la Palabra de Dios y de la participación activa en los sacramentos. Como saben,

culmen y centro de la existencia y de la misión de todo creyente y de cada comunidad cristiana es la Eucaristía, sacramento de salvación en el que Cristo se hace presente y ofrece como alimento espiritual su mismo Cuerpo y Sangre para la vida eterna. ¡Misterio realmente inefable! Alrededor de la Eucaristía nace y crece la Iglesia, la gran familia de los cristianos, en la que se entra con el Bautismo y en la que nos renovamos constantemente por el sacramento de la Reconciliación. Los bautizados, además, reciben mediante la Confirmación la fuerza del Espíritu Santo para vivir como auténticos amigos y testigos de Cristo, mientras que los sacramentos del Orden y del Matrimonio los hacen aptos para realizar sus tareas apostólicas en la Iglesia y en el mundo. La Unción de los enfermos, por último, nos hace experimentar el consuelo divino en la enfermedad y en el sufrimiento.

Si se alimentan de Cristo, queridos jóvenes, y viven inmersos en Él como el apóstol Pablo, no podrán por menos que hablar de Él, y harán lo posible para que sus amigos y coetáneos lo conozcan y lo amen. Convertidos en sus fieles discípulos, estarán preparados para contribuir a formar comunidades cristianas impregnadas de amor como aquellas de las que habla el libro de los Hechos de los Apóstoles.

La Iglesia cuenta con ustedes para esta misión exigente. Que no los hagan retroceder las dificultades



y las pruebas que encuentren. Sean pacientes y perseverantes, venciendo la natural tendencia de los jóvenes a la prisa, a querer obtener todo y de inmediato.

Queridos amigos, como Pablo, sean testigos del Resucitado. Denlo a conocer a quienes, jóvenes o adultos, están en busca de la «gran esperanza» que dé sentido a su existencia. Si Jesús se ha convertido en su esperanza, comuníquenlo con su gozo y su compromiso espiritual, apostólico y social. Alcanzados por Cristo, después de haber puesto en Él su fe y de haberle dado su confianza, difundan esta esperanza a su alrededor. Tomen opciones que manifiesten su fe; hagan ver que han entendido las insidias de la idolatría del dinero, de los bienes materiales, de la carrera y el éxito, y no se dejen atraer por estas falsas ilusiones. No cedan a la lógica del interés egoísta; por el contrario, cultiven el amor al prójimo y hagan el esfuerzo de ponerse ustedes mismos, con sus capacidades humanas y profesionales al servicio del bien común y de la verdad, siempre dispuestos a dar respuesta «a todo el que les pida razón de su esperanza» (1 P 3,15). El auténtico cristiano nunca está triste, aun cuando tenga que afrontar pruebas de distinto tipo, porque la presencia de Jesús es el secreto de su gozo y de su paz.

San Pablo es para ustedes un

modelo de este itinerario de vida apostólica. Él alimentó su vida de fe y esperanza constantes, siguiendo el ejemplo de Abraham, del cual escribió en la Carta a los Romanos: «Creyó, contra toda esperanza, que llegaría a ser padre de muchas naciones» (4,18). Sobre estas mismas huellas del pueblo de la esperanza formado por los profetas y por los santos de todos los tiempos— nosotros continuamos avanzando hacia la realización del Reino, y en nuestro camino espiritual nos acompaña la Virgen María, Madre de la Esperanza. Ella, que encarnó la esperanza de Israel, que donó al mundo el Salvador y permaneció, firme en la esperanza, al pie de la cruz, es para nosotros modelo y apoyo. Sobre todo, María intercede por nosotros y nos guía en la oscuridad de nuestras dificultades hacia el alba radiante del encuentro con el Resucitado.

Quisiera concluir este mensaje, queridos jóvenes amigos, haciendo mía una bella y conocida exhortación de San Bernardo inspirada en el título de María *Stella Maris*, Estrella del mar: «Cualquiera que seas el que en la impetuosa corriente de este siglo te miras, fluctuando entre borrascas y tempestades más que andando por tierra, ¡no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido de las borrascas! Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María... En los peligros,

en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María... Siguiéndola, no te desviarás; rogándole, no desesperarás; pensando en ella, no te perderás. Si ella te tiene de la mano no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te es propicia» (Homilías en alabanza de la Virgen Madre, 2,17).

María, Estrella del mar, guía a los jóvenes de todo el mundo al encuentro con tu divino Hijo Jesús, y sé tú la celeste guardiana de su fidelidad al Evangelio y de su esperanza.

3. La esperanza

Audiencia general del papa Francisco, 8 de mayo de 2024

«La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1817). Estas palabras nos confirman que la esperanza es la respuesta que se ofrece a nuestro corazón cuando surge en nosotros la pregunta absoluta: «¿Qué será de mí? ¿Cuál es la meta del viaje? ¿Cuál es el destino del mundo?».

Todos nos damos cuenta de que una respuesta negativa a estas preguntas produce tristeza. Si el viaje de la vida no tiene sentido, si no hay nada ni al principio ni al final, entonces nos preguntamos por qué tenemos que caminar: de ahí surge la desesperación humana, la sensación de la inutilidad de todo. Y muchos podrían rebelarse: me he esforzado por ser virtuoso, por ser prudente, justo, fuerte, templado. También he sido un hombre o una mujer de fe... ¿De qué ha servido mi lucha si todo se acaba aquí? Si falta la esperanza, todas las demás virtudes corren el riesgo de desmoronarse y acabar en cenizas. Si no hubiera un mañana fiable, un horizonte luminoso, solamente podríamos concluir que la virtud es un esfuerzo inútil. «Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente.», decía Benedicto XVI, (Carta encíclica *Spe salvi*, 2).

El cristiano tiene esperanza no por mérito propio. Si cree en el futuro, es porque Cristo murió, resucitó y nos dio su Espíritu. «Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente» (*ibid* 1). En este sentido, una vez más, decimos que la esperanza es una virtud teologal: no emana de nosotros, no es una obstinación de la que queremos convencernos, sino que es un don que viene directamente de Dios. A muchos cristianos



dubitativos, que no habían renacido del todo a la esperanza, el apóstol Pablo les presenta la nueva lógica de la experiencia cristiana: «Si Cristo no resucitó, vana es la fe de ustedes y ustedes siguen en sus pecados. Por tanto, también los que durmieron en Cristo perecieron. Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres!» (1 Cor 15,17-19). Es como si dijera: si crees en la resurrección de Cristo, entonces sabes con certeza que no hay derrota ni muerte para siempre. Pero si no crees en la resurrección de Cristo, entonces todo se vuelve vacío, incluso la predicación de los Apóstoles.

La esperanza es una virtud contra la que pecamos a menudo: en nuestras nostalgias malas, en nuestras melancolías, cuando pensamos que las felicidades pasadas están enterradas para siempre. Pecamos contra la esperanza cuando nos abatimos ante nuestros pecados, olvidando que Dios es misericordioso y más grande que nuestros corazones. No lo olvidemos, hermanos y hermanas: Dios perdona todo, Dios perdona siempre. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Pero no olvidemos esta verdad: Dios lo perdona todo, Dios perdona siempre. Pecamos contra la esperanza cuando nos abatimos ante nuestros pecados; pecamos contra la esperanza cuando en nosotros el otoño anula la primavera; cuando el amor de Dios deja de ser para nosotros un fuego eterno y nos

falta la valentía de tomar decisiones que nos comprometen para toda la vida.

¡El mundo de hoy tiene tanta necesidad de esta virtud cristiana! El mundo necesita esperanza, como también necesita tanto la paciencia, virtud que camina de la mano de la esperanza. Los seres humanos pacientes son tejedores de bien. Desean obstinadamente la paz, y aunque algunos tienen prisa y quisieran todo y todo ya, la paciencia tiene capacidad de espera. Incluso cuando muchos a su alrededor han sucumbido a la desilusión, quien está animado por la esperanza y es paciente es capaz de atravesar las noches más oscuras. La esperanza y la paciencia van juntas.

La esperanza es la virtud de quien tiene un corazón joven; y aquí, la edad no cuenta. Porque existen también ancianos con los ojos llenos de luz, que viven una tensión permanente hacia el futuro. Pensemos en aquellos dos grandes ancianos del Evangelio, Simeón y Ana: nunca se cansaron de esperar, y vieron el último tramo de su camino bendecido por el encuentro con el Mesías, a quien reconocieron en Jesús, llevado al Templo por sus padres. ¡Qué gracia si fuera así para todos nosotros! Si, después de una larga peregrinación, al dejar las alforjas y el bastón, nuestro corazón se llenara de una alegría que nunca antes habíamos sentido, y nosotros también pudiéramos exclamar:

«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya

en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,29-32).

Hermanos y hermanas, sigamos adelante y pidamos la gracia de tener esperanza, la esperanza con la paciencia. Mirar siempre hacia ese encuentro definitivo; pensar siempre que el Señor está cerca de nosotros, que nunca, ¡nunca la muerte será victoriosa! Sigamos adelante y pidamos al Señor que nos dé esta gran virtud de la esperanza, acompañada por la paciencia.



Para atender pastoralmente un grupo de fieles peregrinos

Con el fin de ayudar a los párrocos y rectores de los templos jubilares en la atención de los fieles que se acercan como peregrinos de la Esperanza y desean recibir el don de la indulgencia plenaria, ofrecemos una propuesta para el desarrollo de una jornada con grupos específicos (p.ej. parroquias por arciprestazgos, movimientos marianos, congregaciones religiosas, obreros, comunidades étnicas, etc.)¹

Preliminares

1. Disponer en el templo jubilar de suficientes sacerdotes que atiendan a los fieles en el sacramento de la reconciliación.
2. Confeccionar la Cruz del jubileo y destacar el logo del jubileo dentro del templo. (pág. 4)
3. Tener impresa para todos los peregrinos la oración del jubileo. (pág. 8)
4. Procurar un equipo de servidores para la acogida de los peregrinos.
5. Dar a conocer en un lugar visible los horarios de eucaristías y el procedimiento de agendamiento de peregrinaciones.

Al llegar la peregrinación en el templo

1. Animar el ingreso al templo con el himno del jubileo y la procesión precedida de la cruz jubilar.
2. El párroco o rector da la bienvenida a los peregrinos e imparte una breve catequesis sobre el jubileo y los temas concomitantes: peregrinación, indulgencia y el festejo de la esperanza propio del Camino Discipular Misionero en contexto del Jubileo.
3. Celebración penitencial. Conviene ofrecer una ayuda para favorecer en los peregrinos el examen de conciencia. (algunas sugerencias en la pág. 39)

4. Confesión individual y absolución de los pecados.
5. Celebración eucarística².

Antes de la salida

1. Invitar a los peregrinos a orar con la oración jubilar y a María Santísima.
2. Animar a las obras de misericordia y a la oración por la vida y el ministerio del Papa.
3. Orar por las vocaciones sacerdotales y religiosas.

1. Esta guía completa el insumo que los párrocos y rectores han recibido con las distintas ayudas que podrán adaptar y multicopiar según las circunstancias y necesidades particulares..



Subsidio para los templos jubilares

Vicaría de Evangelización

*Diaconía para la Espiritualidad Sinodal
Coordinación de Vida Litúrgica y Oración
Diseño: Angélica María Sánchez Lizarazo*

#Jubileo2025AB #ParaFestejarLaEsperanza





ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



#Jubileo2025AB #ParaFestearLaEsperanza



ESCANEAR
EL
CÓDIGO >>



Mayores informes:

 jubileo2025.archibogota.org.co  (601) 3505511 Ext.: 1105